

República. De acuerdo con la Constitución, Portes Gil debía convocar a elecciones, porque cuando muere un Presidente de la República después de la primera mitad de su mandato se nombra un Presidente provisional; pero cuando muere antes, hay que convocar a elecciones generales por el Presidente provisional.

Comenzó entonces esta etapa que ya dije debe llamarse del callismo. La cubrieron tres presidentes: Emilio Portes Gil, el ingeniero Pascual Ortiz Rubio y el general Abelardo L. Rodríguez. Portes Gil comenzó su gestión atendiendo las demandas que surgían de las clases trabajadoras del campo y de la ciudad; trató de hacer una ley del trabajo única. El proyecto que se formuló fue un proyecto que no aceptamos. Hubo a este respecto una serie de incidentes; mantuvo la Reforma Agraria, aunque con un ritmo diferente al que el general Obregón le había impreso, y convocó a elecciones.

Entonces el problema, que era difícil de suyo, lo resolvió el general Calles como jefe único de la política nacional de la manera más simple. Le pidió por teléfono al embajador de México en Río de Janeiro, ingeniero Pascual Ortiz Rubio, que viniese a la ciudad de México y apareció un día su candidatura para Presidente de la República. La oposición de derecha inmediatamente empezó a molestar al ingeniero Ortiz Rubio. Dijeron que era un baboso —en términos mexicanos—, es decir, un hombre simple, sin criterio, inculto, un maniquí, un hombre sin carácter, etc. La reacción clerical que había asesinado a Obregón quiso también aprovechar la coyuntura para presentar un candidato. Este candidato fue José Vasconcelos.

José Vasconcelos era un hombre muy ambicioso, de una vanidad increíble, sin vínculos con el pueblo mexicano. Allá, al principio del movimiento contra Porfirio Díaz, como otros muchos, fue un antirreeleccionista. Estuvo cerca de Villa como un agregado civil y salió y estuvo ausente muchos años. Fue Obregón el que lo trajo a la ciudad de México, como ya expliqué antes, para que ocupara primero la Rectoría de la Universidad y, posteriormente, la Secretaría de Educación Pública, que había que crear por segunda vez.

Después de Obregón, Vasconcelos quiso ser Presidente de la República contra Calles. Discutí con él de una manera muy agria el asunto; pero para Vasconcelos no había ningún argumento de tipo real, de tipo político. Él se consideraba algo así como un hombre designado por los dioses para gobernar este país, flotaba como las deidades del Olimpo por encima de los humanos, y cuando apareció la candidatura de Calles se puso muy bravo; pero Obregón no le permitió renunciar. En julio de 1924, él hizo pública su renuncia a la Secretaría de Educación. Guardó su rencor y aprovechó la circunstancia de Ortiz Rubio para presentar su candidatura a la Presidencia en julio de 1929.

Claro que la candidatura de Ortiz Rubio no era popular ni podía serlo. El general Calles lo único que quería era que hubiese una persona a su servicio en la jefatura de gobierno. Calles quería, según una frase popular muy conocida, el poder detrás del trono. Pero la candidatura de Vasconcelos era una candidatura contrarrevolucionaria. Como él había sido ministro de Educación y había impulsado muchos aspectos de la enseñanza y de la cultura y se había hecho una propaganda enorme no sólo en México, sino en todo el continente, logró que se le llamara maestro de jóvenes, maestro de América. Todos los personajes de la historia del nuevo mundo eran pequeños junto a él. Simón Bolívar no era de la altura de José Vasconcelos, ni don Miguel Hidalgo ni Morelos ni Benito Juárez, ni Abraham Lincoln ni Washington. Ningún personaje de la historia de los Estados Unidos de Norteamérica. Era un hombre hinchado de vanidad y entonces se lanzó.

Los jóvenes que estudiaban en aquella época hicieron cuerpo con Vasconcelos, porque era un intelectual contra Calles, que era un general "salvaje, anticlerical". Es decir, representaban una reacción no contra Ortiz Rubio, sino contra Calles y, más que nada, la misma reacción que asesinó al general Álvaro Obregón. Era la reacción típica tradicional en contra de cualquier hombre que a la muerte de Obregón aspirara a la Presidencia de la República.

JW: ¿Quién aspiró primero, Ortiz Rubio o Vasconcelos? Vasconcelos había tenido méritos desde hacía mucho tiempo.

VLT: Sí, ya he dicho que desde la época de Obregón quería ser Presidente de la República.

JW: Pero era evidente que él iba a lanzar su candidatura desde muy pronto.

VLT: No pudo, porque él esperaba que Obregón fuera derrotado por la rebelión delahuertista; pero como no fue así, entonces José Vasconcelos esperó otro momento y se lanzaba a la batalla electoral. Pero más que los jóvenes, que estaban con José Vasconcelos, su apoyo lo formaban el clero católico, los terratenientes, todas las fuerzas de la burguesía de derecha. En algunos lugares del país la movilización de Vasconcelos fue importante; pero tenía esa composición política.

JW: Gómez Morín nos ha dicho que Vasconcelos y el vasconcelismo no representaban ideología. Fue sobre todo un movimiento político en contra de Calles.

VLT: Exacto. La opinión de Gómez Morín es correcta. Vasconcelos nunca representó ninguna ideología, representó su persona, nada más. Y cuando lo obligaban a decir qué pensaba de México, él decía: tengo confianza en México, este país hay que volverlo de revés, etcétera.

JW: ¿Dentro de la ley de Dios?

VLT: Más o menos; pero, por supuesto, Pascual Ortiz Rubio ocupó la Presidencia. No es cierto que Ortiz Rubio hubiera sido lo que la oposición de derecha le atribuía. Era ante todo un ingeniero civil, un buen geógrafo, general en el ejército, porque participó en el movimiento revolucionario; fue el que estableció la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, recogiendo las tradiciones del primer centro de enseñanza superior que hubo en América. No era un hombre ignorante ni un hombre sin ninguna participación en la lid. No era semejante a aquel general Bonillas, que Carranza trató de imponer. Este era un hombre superior. Más todavía: su conducta demostró que era un hombre con un gran sentido del honor, porque cuando se dio cuenta de que no era el Presidente de la República, sino que querían obligarlo a hacer las cosas que no le parecían bien, renunció y salió del país.

Portes Gil fue un Presidente que duró muy poco tiempo. De diciembre de 1928 a febrero de 1930. Ortiz Rubio, de febrero de 1930 a septiembre de 1932. Y cuando el Congreso aceptó la renuncia a Ortiz Rubio, entonces el mismo Poder Legislativo designó, para terminar el periodo que debía haber ocupado el general Obregón, al general Abelardo L. Rodríguez, de septiembre de 1932 a noviembre de 1934.

Abelardo L. Rodríguez ya era un hombre rico, opulento y, por tanto, había cambiado su mentalidad de viejo comandante de las huestes armadas del noroeste. Como era un individuo ignorante había dicho cosas terribles como ésta, que yo recuerdo: "En tiempo de crisis las huelgas son antipatrióticas". Yo contesté que estábamos viviendo una etapa crítica desde hacía mucho tiempo y que con esa opinión había que suprimir las huelgas de una manera sistemática.

Un día, yo no conocía al general Rodríguez, ya en la Presidencia de la República me invitó a conversar con él. En Sonora, sus coterráneos le llamaban el sonso, y cuando llegó a Palacio en calidad de Presidente de la República, con la banda tricolor sobre el pecho, sus amigos lo acompañaron y fueron a felicitarlo y les dijo: "Miren, sonso, sonso; pero miren lo que traigo aquí".

Evidentemente Abelardo L. Rodríguez no era un sonso en el sentido que lo calificaban sus paisanos. Era un hombre, como otros muchos, que pasada la etapa de la lucha armada se dedicó a hacer negocios y tenía fortuna; pero como no había leído mucho, tenía unas ideas así sueltas, un poco raras.

En esa entrevista me dijo: "Yo tenía mucho interés en conocerlo personalmente". "Yo también, señor general, estoy a sus órdenes". "Pues mire usted, déjeme explicarle. Mi idea es la de aumentar los salarios en todo el país, porque habiendo muchos salarios altos hay muchas compras, mucho poder de compra del pueblo, y la agricultura y la industria se desarrollan".

"Sí señor, estoy completamente de acuerdo. Esa es la teoría de Henry Ford y no porque sea de Henry Ford es buena, sino porque es correcta, nada más que en un país como México no se pueden aplicar las teorías fordianas desde el Palacio Nacional. Las condiciones del desarrollo económico, social y político son diferentes. Además, señor presidente Rodríguez, yo considero que lo importante no es sólo estimular la producción y los servicios, sino también ir aumentando el nivel de vida de las gentes, liquidando las ganancias de los propietarios, de las industrias y de los centros de producción más valiosos, porque la producción en sí misma no tiene ninguna significación, es un medio. Pero, ¿en poder de quién está ese medio? Si está en poder de la mayoría es excelente. Si está en poder de una minoría quiere decir riqueza para unos cuantos y miseria para la gran masa del pueblo. En otros términos, señor Presidente, considero que usted debe meditar no sólo en los altos salarios, sino en cómo lograrlos, de quién los va usted a obtener, de qué manera va a obligar a que se aumenten los salarios..."

Y nos enredamos en una discusión hasta que, por fin, me dijo con toda honradez: "Yo lo reconozco, no me había dado cuenta de que el problema es más complicado de lo que suponía". "Eso quiere decir, según las palabras de usted, que hay que saber para quién se trabaja". "Exacto". "Bueno, ahora sí comprendo por qué no nos podemos entender usted y yo". "Muy bien, señor Presidente". Me retiré. Fue la única vez en mi vida en que yo conversé con el general Abelardo L. Rodríguez; pero era un hombre de derecha, evidentemente...

JW: Parece que hay dos tipos de hombres que querían hacer la Revolución: por un lado los que querían hacerla en términos sociales, los que tienen más interés en estimular el nivel de vida, que es educación, salario, en ayudar a la gente directamente, en capacitar a la gente. Y por el otro, lo que los economistas prefieren hacer, estimulando la economía de arriba abajo, en vez de abajo arriba.

VLT: Es cierto lo que usted dice. Nada más que el general Rodríguez no trataba de hacer la Revolución de ninguna manera, ni la económica, ni la educativa, ni la política, ni la social. Él no era un hombre de ideas.

JW: Abelardo Rodríguez llegó a la Presidencia y, como se había dicho que el capitalismo estaba en pedazos, quería hacer algo para resolver el problema. En su opinión, ¿cuáles fueron los efectos de la Depresión en México y cómo influyó la crisis mundial, la política de otros años entre 1928 y 1934?

VLT: México era un país dependiente totalmente de los Estados Unidos, excepto las inversiones británicas en algunas ramas de la industria, en la minería y en otras actividades. Al venir la Depresión en los Estados Unidos, automáticamente quedaron miles y miles de trabajadores mexicanos sin ocu-

pación, porque disminuyeron o cayeron verticalmente nuestras exportaciones. No obstante, Abelardo Rodríguez no elaboró ningún plan para hacer frente a la crisis económica. Él trató de capotear la situación con medidas concretas transitorias y, sobre todo, evitando que hubiera movimientos populares que reclamaran ocupación, trabajo, medidas y reformas radicales.

La Reforma Agraria ya hacía años que estaba prácticamente suspendida. La clase obrera, que había conquistado muchos derechos, los había ido perdiendo, de tal suerte que la situación para México era doblemente grave: primero por la crisis económica internacional y, segundo, por la crisis económica interior. Abelardo Rodríguez trató de evitar que se hicieran huelgas. Ya dije yo qué concepto tenía: "en tiempo de crisis las huelgas son anti-patrióticas". Más que a nadie me acusó a mí, a mi persona, de ser un "líder tenebroso", porque sugería que yo actuaba en las sombras y empujaba a la clase obrera.

Entonces para contestarle mandé hacer unas tarjetas de visita que decían: "Vicente Lombardo Toledano", y abajo: "líder tenebroso". Tan pronto como las tuve me presenté al Jefe del Departamento del Trabajo y le dije al portero: "Pásele usted mi tarjeta". "Usted no necesita anunciarse, señor, pase usted". "No, señor", le dije, "tengo mucho empeño en que él reciba mi tarjeta". Se la pasó y salió personalmente Juan de Dios Bojórquez, que así se llamaba el Jefe del Departamento del Trabajo. "¿Qué es esto?", me dijo. "Como el señor Presidente de la República me ha aludido diciendo que yo soy líder tenebroso, pues me mandé hacer tarjetas para estar de acuerdo con la realidad".

Logramos que se resolviera en la Convención del PNR la reforma del artículo 3o. de la Constitución para darle a la enseñanza pública un nuevo carácter, para ponerlo en consonancia con el movimiento revolucionario en materia agraria y en materia de legislación obrera. Abelardo Rodríguez vio esa reforma de una manera muy especial y expresó a sus amigos y colaboradores su disgusto profundo; pero no se podía oponer. Llegó hasta redactar un proyecto de carta a los gobernadores de los estados, para decirles que no hicieran caso de la resolución de la Convención del PNR; pero se le detuvo la mano.

Entonces nosotros salimos rápidamente a la calle, en apoyo de la resolución de la Convención del PNR apoyando la reforma al artículo 3o, porque era demanda nuestra desde el año de 1924. La manifestación se hizo y, claro, el movimiento obrero, que también el presidente Rodríguez trataba de controlar y había controlado ya a algunos sindicatos, se vio obligado a salir a la calle contra su voluntad, porque no iba a dejarnos a nosotros solos en el escenario. Se hizo la manifestación en la Plaza de Armas, en el Zócalo. Ahí se realizó el mitin. Salió el presidente Rodríguez con su gabinete al balcón

central del Palacio. Y yo hablé. Dije más o menos —creo que hay una cinta cinematográfica—: “Señor Presidente, aquí estamos los líderes tenebrosos a la luz del día para expresar nuestro apoyo a la reforma del artículo 3o. de la Constitución”.

Estábamos en abierta oposición contra el presidente Rodríguez. Eran días muy difíciles para nosotros. Abelardo L. Rodríguez era un jugador, le gustaba mucho jugar apostando dinero; desde muy joven fue jugador. Lo que hoy se llama el Casino de la Selva, en Cuernavaca, era un centro de juego, de escándalo; páginas enteras de los periódicos de la ciudad de México anunciando el casino en una forma insultante.

Detenido el movimiento obrero, detenida la Reforma Agraria, favoreciendo el juego, sin plan para hacerle frente a la crisis, Abelardo L. Rodríguez nada más reaccionaba en contra de toda manifestación de protesta. Ese fue su rol, su papel; pero, afortunadamente, el Jefe Máximo de la Revolución, el general Plutarco Elías Calles, no sabía a quién poder presentar para cuando terminara el periodo de los seis años que debía haber ocupado por segunda vez el general Obregón. No tenía candidato de su confianza. Empezamos a trabajar nosotros fuertemente en el ala izquierda del PNR, para sustituir a Rodríguez, porque ya debía terminar. Entonces fue cuando pensamos en el general Lázaro Cárdenas...

JW: ¿Por qué se ha dicho que él fue el candidato de Calles?

VLT: Eso es falso. La verdad es que Calles no tenía candidato, como acabo de afirmar... Estaba dudando, no tenía a una persona...

JW: ¿Pérez Treviño...?

VLT: Sí; pero no de un modo resuelto... Entonces la convención aprobó la candidatura de Lázaro Cárdenas, porque se movieron muchos factores dentro del ejército y fuera de él en favor suyo, y cuando Calles vio la candidatura de Lázaro Cárdenas, naturalmente no pensó que era un adversario suyo ni mucho menos. Lo consideró como un subordinado, pues era como todos los jefes del ejército; pero políticamente hablando Calles no sabía qué cosa iba a ocurrir. Entonces lo llamó al norte, a donde estaba Calles, y declaró: “Aquí está mi candidato a la Presidencia”, para dar la impresión de que él había sido el autor de la candidatura de Cárdenas. La verdad era otra.

Fue el ala izquierda, repito, del PNR la que postuló a Cárdenas. En eso, muchos jefes del ejército desempeñaron un gran papel, entre ellos el general Manuel Ávila Camacho. Yo fui compañero de Ávila Camacho en la escuela primaria de mi pueblo y tuvimos siempre una buena amistad toda la vida. Así que nos reuníamos para examinar el problema, y como Ávila Camacho siempre tuvo relaciones muy íntimas con los jefes del ejército, más que Cárdenas —Cárdenas nunca tuvo vínculos de este tipo con los jefes mili-

tares y Ávila Camacho sí—, se empezó a crear una atmósfera favorable a Cárdenas; pero, además, el mérito de Cárdenas consistió en haber aceptado su candidatura y haber iniciado una campaña electoral diciéndole al pueblo qué pensaba, sin tomar en cuenta ninguna otra opinión más que la de la clase trabajadora.

LOS COMIENZOS DEL GOBIERNO DEL GENERAL LÁZARO CÁRDENAS

JW: ¿Cuál era la ideología de Cárdenas?

VLT: La ideología de Cárdenas surgió naturalmente de las demandas de la clase obrera, de los campesinos. Recorrió el país sin decir nada contra el gobierno; pero hablándole a los campesinos: vamos a impulsar la Reforma Agraria, vamos a aplicar la Constitución, vamos a hacer que los trabajadores tengan derechos, vamos a incrementar el desarrollo del país. Y de ese modo Cárdenas se ligó al pueblo de una manera profunda.

Llegó a la Presidencia de la República a fines del año de 1934. Es decir, empezó a gobernar en 1935. Pero no habían pasado muchos meses cuando se provocó el conflicto con Calles, que era inevitable. El 12 de junio de 1935 el general Calles, desde Cuernavaca, en la casa que se llamaba la Casa de las Palmas, por conducto de Ezequiel Padilla, que ha sido un pequeño personaje, pero personaje negro en la historia contemporánea de México, declaró en términos que no se prestaban a otra interpretación: "Que si el presidente Cárdenas no rectificaba su política desbordada hacia la izquierda, lo iba a echar del poder". Y agregó que "Lombardo Toledano es responsable de todas las huelgas que habían estallado a través de la República".

Me acuerdo que en aquella época no había más que un solo periódico en la tarde, que se llamaba *El Universal Gráfico*. Yo fui, en cuanto leí las declaraciones, a la Cámara de Diputados, a la Cámara de Senadores... Desiertas, nadie aparecía. Los políticos temblaron: el Jefe Máximo de la Revolución amenaza al Presidente de la República. El Presidente de la República está perdido. Entonces declaré al periódico: "Acepto la responsabilidad de las huelgas, el señor general Calles me hace el honor de llamarme responsable y yo acepto esa responsabilidad". Rápidamente me conecté con todas las organizaciones obreras, y esa misma noche creamos el Comité Nacional de Defensa Proletaria. Unimos a todos los sindicatos, a todos los trabajadores, y a todas las corrientes, y dos días después fuimos a la Plaza de Armas, al Zócalo, en una manifestación muy importante, muy combativa, de miles y miles de gentes. Cárdenas salió al balcón del Palacio, dialogó con el pueblo y ganamos la batalla.

Si en ese momento el general Cárdenas, siendo Presidente de la República, no hubiera contado con las masas obreras de la capital de la República, cae su gobierno y se hubiera prolongado la dictadura de Calles por muchos años, sin saber nosotros qué cosa hubiera podido ocurrir. Contribuimos de esa manera a cambiar la historia de nuestro país. Calles salió de México voluntariamente; pero regresó después ya con el propósito de conspirar con el ejército, con muchos jefes del ejército y derrocar al gobierno.

Nosotros, enterados de la situación, le pedimos al presidente Cárdenas que lo expulsara de México. Hubo muchas resistencias. El general Múgica, que vivía cerca de mí, me vino a ver: "No es posible que se haga eso". "Es que si ustedes no lo expulsan, nosotros vamos a rodear su casa con miles y miles de obreros hasta que la situación truene, y yo al frente de ellos. Dígale al Presidente que nos eche el ejército". Nos dijo: "No lo hará el Presidente". "Bueno, entonces ustedes resuelvan el problema". Hasta que por fin Múgica me dijo que iba a ser expulsado Calles.

JW: Se ha dicho que Cárdenas dijo después que tuvo que expulsar a Calles —el 10 de abril de 1935— para protegerlo.

VLT: Eso no es cierto. El hecho es que salió de México expulsado por el gobierno y lo acompañaron Luis N. Morones, el líder del Partido Laborista y de la CROM, que ya para entonces habían entrado en crisis insalvable, estaban en plena claudicación. Morones, por ejemplo, al llegar a la frontera con los Estados Unidos, declaró que Cárdenas era mitad comunista y mitad fascista. "¿Por qué?", le preguntaron los periodistas norteamericanos. "Porque ha decretado el pago del día de descanso". Cosas así... Salieron, y entonces Cárdenas contó con el apoyo de la clase trabajadora, y como su labor fue una labor rectificadora de una serie de vicios del pasado y como comenzó a aplicar la Ley Agraria de una manera nueva, nosotros le hicimos ver que las tierras entregadas hasta entonces a las comunidades agrarias eran tierras de segunda categoría. Las mejores del país estaban en manos de extranjeros. Por qué no aplicar la ley a los peones, es decir, a los obreros agrícolas; dar los ejidos a ellos, a los obreros agrícolas.

Así se amplió el concepto de la Reforma Agraria. Afortunadamente hubo una coyuntura entonces que sirvió para caracterizar la obra agraria de Cárdenas. En la región de La Laguna, una zona muy rica, en aquella época la más rica del país, había muchas haciendas, todas de particulares. Gran parte de ellas en manos de extranjeros. Para que ustedes aprecien exactamente la situación basta con citar este hecho: había un llamado descendiente del emperador Moctezuma, un individuo de la nobleza española que nunca había pisado el Continente Americano, pero que recibía todos los años muy

buenas utilidades de su hacienda en la comarca lagunera; y otros ausentistas también: españoles, norteamericanos, franceses, etcétera.

Nosotros habíamos formado sindicatos de obreros agrícolas en La Laguna; pero llegó un momento en que los unificamos y formamos una agrupación nada más y presentamos un proyecto de contrato colectivo de trabajo para los peones agrícolas, que unificara los salarios y las prestaciones. Los hacendados rechazaron de una manera grosera y violenta nuestra demanda. Fui entonces a Torreón, habíamos acordado declarar la huelga; pero en la junta que tuve con los hacendados ocurrieron cosas muy importantes que es necesario que se divulguen.

Fue una reunión con 50 personas más o menos y habló en nombre de los hacendados uno de los abogados de los terratenientes —si no recuerdo mal era un licenciado Saldaña— y dijo, más o menos, estas palabras: “Mire usted, señor Lombardo Toledano, nosotros rechazamos el proyecto de contrato colectivo único de trabajo, porque eso nos cuesta muchos millones de pesos. (Naturalmente nosotros habíamos formulado un proyecto hacia arriba, es decir, tomando los salarios más altos y no los bajos.) De tal manera que es inútil que perdamos el tiempo. No aceptamos el contrato; pero si ustedes son tan valientes ¿por qué no aplican la Reforma Agraria en La Laguna? Dígale usted al presidente Cárdenas que le entre aquí. Ustedes están acostumbrados a darle tierras llenas de piedras a los indios por allá por el centro o por el sur; pero aquí en el norte las cosas son distintas. Nosotros los laguneros estamos acostumbrados a perder muchos millones y a ganar muchos millones. No tenemos miedo a nada. Éntrenle, apliquen la Reforma Agraria. Antes de un año, estoy seguro, Cárdenas o usted vendrán aquí, de rodillas, a rogarnos que por favor volvamos a tomar nuestras haciendas, porque estos indios que las trabajan van a fracasar”.

Después de ese elocuente discurso me comuniqué por teléfono con el presidente Cárdenas quien me dijo: “¿Cómo es posible? Véngase usted inmediatamente”. Entonces tomé el acuerdo de que la huelga estallara. Hubo una serie de incidentes, como en todas las luchas de la clase trabajadora. No tenía yo ni un centavo para regresarme, entonces no había aviones. Busqué a un amigo mío y le dije: “Alquile el teatro más grande que haya aquí en Torreón, el Teatro Isauro Martínez, haga los programas, voy a dar una conferencia y cobraremos a 5 pesos la entrada”. Y así fue. Se llenó el teatro, les dejé dinero a mis compañeros para los primeros gastos de la huelga, pagué el hotel y me vine en el tren a la ciudad de México. Llegué aquí, de la estación fui a Palacio, le expliqué a Cárdenas. El Presidente se disgustó y dijo: “Ya verán, ahora mismo mandamos los ingenieros”. “No —le contesté— primero mandamos un regimiento”. Porque entre los hacendados había mu-

chos militares. Y así, en 1936, se estableció el principio, se sentó un precedente de que la Reforma Agraria no se aplicaría sólo a las comunidades campesinas, sino también a los peones, a los obreros agrícolas.

Esta etapa de Cárdenas merece una consideración muy importante. Una nueva sesión, si usted me permite, porque creo que es una de las etapas más importantes del Continente Americano.

JW: Queremos hablar también de su vida personal en 1928 y de su trayectoria intelectual antes de hablar de Cárdenas.

ASPECTOS AUTOBIOGRÁFICOS E IDEOLÓGICOS

21 de septiembre de 1964

JW: Quisiéramos comenzar esta entrevista hablando de su ideología, de su formación ideológica entre 1928 y 1936, más o menos. Usted nos dijo que había comprado los libros de Marx en Nueva York y había estudiado el marxismo de 1925 en adelante. Para regresar aún un poco, usted escribió su tesis para abogado en 1919, intitulada: "El derecho público y las nuevas corrientes filosóficas".³ En 1919 parece que usted todavía estaba imbuido de la corriente idealista.

VLT: Así es. Un estudiante difícilmente puede refutar las ideas que recibe de sus maestros. Durante los cinco años del bachillerato y posteriormente en los años en que estudié en la Escuela de Altos Estudios y en la Escuela de Derecho fui, como todos los estudiantes, un receptor de las enseñanzas de mis profesores. Todos ellos, sin excepción, profesando públicamente una filosofía idealista o no, eran en realidad negadores de la filosofía materialista y, también, de la tesis dialéctica como método de investigación y como explicación del proceso de la naturaleza. Los positivistas, particularmente los seguidores de la filosofía de Herbert Spencer, diferían un poco de los filósofos o partidarios de la filosofía idealista espiritualista; pero también eran partidarios de una evolución histórica mecánica, que estaba sujeta a etapas obligadas en el sentido del progreso, lo mismo en Spencer que en Augusto Comte.

Yo recibí todas esas enseñanzas como un individuo que aprende pero no estaba en condiciones de hacer la crítica de mis maestros, porque no había estudiado suficientemente para tener una opinión diferente a la de ellos y,

³ Universidad Nacional de México.

menos, para sustentar una opinión opuesta. Fue hasta que salí de la Universidad cuando empecé a rehacer mi cultura estudiando como un verdadero autodidacta las ramas del saber que no había recibido nunca en la Universidad.

Por eso, si no recuerdo mal, desde mi primera publicación —hubo una conferencia sobre los héroes— hasta mi tesis profesional de licenciado en derecho y, por supuesto, en todos los estudios que hice en la Escuela de Altos Estudios acerca de temas filosóficos, están profundamente impregnados de la filosofía idealista.

La tesis titulada “El derecho público y las nuevas corrientes filosóficas”, es un estudio que realicé sobre la base de lo que había aprendido en la Universidad; pero, al mismo tiempo, con ciertas dudas que allí mismo en ese documento aparecen. Quien lo revise atentamente se dará cuenta de que hay una serie de afirmaciones de tipo ortodoxamente idealista, digamos; y, al mismo tiempo, dudas respecto de otros aspectos de la vida social que el idealismo no aceptaba.

El proceso de mi pensamiento fue lento y largo. No pasé de la filosofía idealista a la materialista rápidamente, porque fue menester que yo estudiara los textos de filosofía que en la Escuela de Altos Estudios no nos habían enseñado. Después de mis dos grados: profesor de filosofía y licenciado en derecho, en el mismo año de 1919, fue cuando empecé a leer por mi cuenta las cosas que no había aprendido en la Universidad; y, paso a paso, hasta comenzar la década de 1920 a 1930, empecé a expresar públicamente mis propias dudas respecto de lo que yo había aprendido en la Universidad y de lo que estaba aprendiendo por mi cuenta. A eso se debe que yo no haya llegado de una enseñanza idealista a una enseñanza materialista de una manera súbita.

Por aquellos años empecé a escribir en los periódicos *El Universal* y *Excelsior*, también en la revista *CROM* y en otros órganos periodísticos de la clase trabajadora. Estudiando esas cuestiones también se puede notar que hay en mí, cada vez más, un alejamiento de las enseñanzas que recibí en la Universidad; pero no había precisado todavía de un modo completo los fundamentos de la filosofía marxista, porque tenía que haber leído todas las obras principales y haber meditado en ellas.

Recuerdo ahora que un día recibí una carta de Henri Barbusse preguntándome acerca de mi formación intelectual; le contesté con una carta larga, que es el único documento autobiográfico que existe, porque yo no he tenido nunca tiempo ni tampoco interés por hablar de mí mismo, y le decía, justamente, lo que estoy narrando aquí; o sea que mi formación intelectual fue, necesariamente, primero idealista, en la que yo creí; después una formación que se alejaba del idealismo para pasar a la concepción materialista.

Pero en este periodo hubo, naturalmente, contradicciones en mí mismo y, por último, llegué a la depuración de mi pensamiento aceptando la doctrina del materialismo dialéctico de una manera definitiva.

Hoy forma de tal manera parte no sólo de mi modo de pensar, sino de mi mecanismo cerebral —si vale la pena el término— el método dialéctico de la vida que yo no podría siquiera pensar de otro modo. Forma parte de mi ser más profundo la doctrina materialista y hace muchos años que es la forma en que investigo las cosas, la manera en que examino todos los problemas y también el único medio que tengo para apreciar la naturaleza y la vida social.

JW: Se discute mucho su cambio del idealismo al materialismo. Robert P. Millon, en la biografía de usted,⁴ dice que por el año de 1930 usted se consideraba a sí mismo un materialista dialéctico y con esto ya su ideología estaba bien formada. Otros historiadores y periodistas han dicho que usted no se dio cuenta de su propio cambio, hasta que regresó de Rusia en 1935. Aquí, en un artículo que usted escribió en la revista *CROM* el 1 de agosto de 1932, distingue entre el socialismo y el comunismo. Dice que el socialismo, programa lento para reestructurar la sociedad, fue mejor que la manera de dictadura con la que los comunistas querían imponer en México ideas ajenas que nada tenían que ver con las realidades mexicanas. Usted escribió este artículo un poco antes de que renunciara a la *CROM*. ¿Podrá identificar algunos rasgos del desarrollo de su ideología?

VLT: Son únicamente frases lo que usted acaba de decir, de la misma cuestión. Sin embargo, voy a explicar que son asuntos diferentes, porque una es la cuestión puramente teórica, filosófica, y otra es la cuestión táctica de la lucha concreta relativa a México.

El doctor Millon tiene razón cuando dice que por el año de 1930 yo era un hombre definitivamente formado desde el punto de vista de mi pensamiento, dentro de la doctrina marxista. De una manera deliberada me propuse estudiar, como he dicho ya, lo que no aprendí en la Universidad; y paso a paso logré penetrar en la concepción materialista de la vida y después completar mi pensamiento filosófico con la lectura de los textos fundamentales de Marx y de Engels. Ya expuse, también, que fue a partir de 1925 cuando logré tener en mi poder los textos en inglés, porque en español no los había.

Ahora, los que afirman que me hice partidario del marxismo por haber ido a la Unión Soviética, en primer lugar dicen una mentira y, en segundo,

⁴ Vicente Lombardo Toledano [*biografía intelectual de un marxista mexicano*], traducción de J. Lozoya Solís. México, Librería Madero, 1964.

afirman eso sólo para situarme como un agente espiritual o ideológico de la Unión Soviética. Eso es falso totalmente. Cuando regresé de la Unión Soviética recuerdo que me hicieron una gran recepción en la estación del ferrocarril en la ciudad de México. Entre los participantes al acto estaban algunos miembros del Partido Comunista Mexicano (PCM); y alguno de ellos se atrevió a decir que el compañero Lombardo Toledano, ahora sí, después de haber ido a la Unión Soviética, tendría su pensamiento político muy claro. Yo contesté en público que no había ido a la Unión Soviética a adquirir conocimientos de carácter filosófico o político, ni tampoco a adquirir una concepción socialista de la vida, sino que había ido a estudiar lo que era la Unión Soviética simplemente; y que tenía una concepción marxista mucho antes de haber ido allá, porque en efecto así fue.

Cuando en 1935 visité la Unión Soviética por primera vez, ya había ocurrido la polémica que tuve con mi maestro Antonio Caso acerca de la filosofía del materialismo dialéctico y de la filosofía idealista.⁵ Así es que malamente, después de una polémica de ese alto nivel cultural, durante la cual sostuve la validez de la filosofía del materialismo dialéctico, podía haber ido a adquirir ese conocimiento a la Unión Soviética en unos cuantos meses de estudio. Yo fui a investigar lo que era ese país y me alegro mucho de haberlo logrado, porque me permitió ver la visión de un mundo nuevo que apenas estaba surgiendo.

En cuanto al artículo que usted menciona de la revista *CROM*, yo me refiero solamente a esto: a que en México, en las condiciones concretas de aquella época de 1932, no era posible el establecimiento de la dictadura del proletariado. Si hoy, en 1964, a tantos años de distancia de 1932, no preconizo la dictadura del proletariado en mi país, es porque no existen ni condiciones objetivas ni subjetivas para ello, menos podría, en los años treinta—cuando el país estaba en una etapa muy atrasada, con problemas internos muy graves y con una política del gobierno norteamericano hacia México muy agresiva—, considerar que la fuerza de la clase obrera era de tal importancia que se podía llegar al poder y establecer la dictadura del proletariado.

No, esa es una manera equivocada de interpretar las cosas. Yo decía al PCM esto: “Lo que importa es realizar históricamente, de una manera completa, los postulados fundamentales de la Revolución que se inició en 1910,

⁵ Vicente Lombardo Toledano y Antonio Caso, *Idealismo vs. materialismo dialéctico: Caso-Lombardo*, México, Universidad Obrera, 1963. Véase también *Futuro*, núms. 2 y 3 de octubre, 1934.

es indispensable destruir la estructura económica de la época de Porfirio Díaz; liquidar los latifundios, repartir la tierra; garantizar los derechos de la clase obrera; impulsar la industria nacional; crear nuevas fuerzas productivas y así, sobre estas bases, se puede crear un nuevo sistema que permita el desarrollo de la clase obrera, que es muy débil en la actualidad.

“Por eso, creer que aquí se puede ahora mismo llegar al poder es simplemente una especulación, que ustedes, los dirigentes del PCM, hacen en los cafés; pero que no corresponde a ninguna realidad objetiva”. Eso es lo que yo puedo explicar sobre el particular.

JW: Usted dice que las condiciones para el triunfo del proletariado no son apropiadas para este momento ni lo eran en 1932. En ese artículo de la revista *CROM* usted especula que tal vez la Revolución de 1917 en la Unión Soviética tuvo éxito, porque Rusia en aquel entonces estaba aislada, casi totalmente, del mundo; hoy dice que la política norteamericana es tan fuerte que es muy difícil, y lo mismo en 1932. Y hay personas que dicen también que México no está listo ni tiene el proletariado para ganar la Revolución; pero hay otras que afirman que en Cuba, sin estar aislada de los Estados Unidos ni tener un proletariado tan grande, ya está haciendo la Revolución. ¿Qué puede usted decir de esta aparente contradicción?

VLT: Evidentemente que uno de los factores que contribuyó a la victoria de la Revolución Bolchevique en Rusia, en 1917, no fue precisamente el aislamiento de Rusia del resto del mundo, sino la enorme extensión del país y además los factores mismos creados por la guerra.

Entre 1914 y 1918 hubo un cambio profundo en la correlación de las fuerzas en Europa, a consecuencia, precisamente, de la guerra. Los alemanes querían dominar por la fuerza a los países del continente. El Partido Bolchevique, dirigido por Lenin, no podía luchar en dos frentes contra los alemanes y, al mismo tiempo, contra las fuerzas que la Revolución había condenado. Por eso fue necesario llegar a un armisticio, a un arreglo —el Tratado de Brest-Litovsk— entre la Revolución Bolchevique y los alemanes. Sobre este particular habría mucho que decir todavía; pero evidentemente México no estaba listo en 1932 para una revolución socialista, porque, como he explicado desde la primera conversación según recuerdo, la Revolución Mexicana fue una revolución, ante todo, democrática, nacional, antifeudal y antimperialista en cierto sentido. Mientras no lograra esos objetivos, evidentemente no podía proponerse otros. Las condiciones históricas eran absolutamente distintas a las del resto del Continente Americano.

La situación de Cuba es también muy peculiar. ¿Por qué, se preguntan muchos, un país tan pequeño como Cuba, que no tiene sino escasamente siete millones de habitantes, pudo haberse propuesto la construcción del

primer régimen socialista en América, y México, que es un país importante, grande, en vías de desarrollo, no puede proponerse ahora mismo un régimen socialista? Estas preguntas y otras me parece que están mal formuladas, porque la historia no se puede llevar a cabo por comparaciones. Al contrario, si algo caracteriza a la historia son las concreciones, el examen muy detallado de cada país y a veces hay tantas diferencias entre países vecinos, que los que quieren asimilar unos a otros se equivocan de una manera profunda.

Qué más diferencias puede haber entre los Estados Unidos y México. Son países vecinos, con una frontera enorme. Sin embargo, las razones de formación histórica explican sus diferencias. ¿Qué fue lo que pasó en Cuba?

¿Fidel Castro y sus compañeros de lucha se propusieron desde el principio, cuando salieron de México para la Sierra Maestra, edificar en Cuba un régimen socialista? Evidentemente no. Ellos querían el derrocamiento de la dictadura y una transformación de la vida económica y social de la isla. Sin embargo, después de que Batista huyó con sus amigos y dejó el país libre para el movimiento revolucionario, se cometieron muchos errores. En primer lugar, la política del Departamento de Estado de Washington. En vez de aceptar que había cambiado Cuba y que una revolución victoriosa estaba en el poder, consideraron que, como tradicionalmente había ocurrido, podían quitar a Castro y poner a otro en su lugar. No apreciaron la profundidad del movimiento. La Revolución Cubana no podía haberse limitado al cambio del gobierno, como en México no pudo haberse limitado la Revolución, que estalló en 1910, a sustituir a Porfirio Díaz por Francisco I. Madero. Claro que al mismo tiempo que se remplazó al gobierno brotaron los problemas, aquí y en Cuba también. Nada más que la Revolución Cubana ocurre en condiciones internacionales absolutamente distintas a las condiciones internacionales en que estalló la Revolución Mexicana en 1910.

Cuando la Revolución en Cuba triunfa hay ya un mundo socialista que va desde la ciudad de Berlín hasta Corea y que ocupa un territorio inmenso. Hay muchos países nuevos que están construyendo el socialismo. Cuando la Revolución estalla en México, había que esperar siete años para que estallara la Revolución en Rusia. Las condiciones eran totalmente distintas.

El Departamento de Estado de los Estados Unidos no tomó en cuenta a Castro, lo despreció, permitió que salieran unas avionetas de Florida para ir a incendiar los cañaverales, en fin... Y poco a poco, ante cada agresión, contestó Castro naturalmente y llegó un momento en que la situación era tan tensa, que se tuvieron que dar pasos definitivos. Cuando el gobierno de los Estados Unidos, tratando de estrangular a la Revolución Cubana, llegó hasta el acuerdo famoso de no comprar más azúcar a Cuba —creo que los que inspiraron esta determinación estaban convencidos de que la Revolu-

ción Cubana fracasaría— fue cuando apareció en ayuda de Cuba el mundo socialista y dijo: yo compro el azúcar. Y las relaciones de Cuba se orientan hacia los países socialistas.

Una vez dije en La Habana a mis amigos —hay en el malecón una estatua erigida a la memoria del barco *El Maine*, que dicen que fue dinamitado por los españoles y que sirvió de pretexto para que el gobierno norteamericano participara en la guerra contra España—; pero algún día habrá que levantarle una estatua a la tontería del Departamento de Estado porque ayudó a la Revolución Cubana. Gracias a ella, en parte, el pueblo cubano está construyendo el socialismo.

JW: ¿En la época de 1930 no habría podido producirse una revolución socialista en México?

VLT: No, no podía brotar una revolución de tipo socialista, porque la clase obrera era débil y porque, además, los elementos que dirigían a México estaban muy lejos, muy lejos del socialismo. Eran los hombres de la pequeña burguesía, amantes de la propiedad privada de los instrumentos de la producción económica y de medidas políticas dentro del cuadro de la democracia burguesa. Al contrario, la crisis de 1929 y de los años, siguientes, que perjudicó mucho a México como país dependiente de los Estados Unidos, desde el punto de vista económico, fue también un estímulo muy valioso, porque no hay que olvidar que mi país fue neutral en la Primera Guerra Mundial y eso llenó de dinero a muchas de sus gentes.

Por otra parte, la falta de mercancías permitió el nacimiento de muchas industrias que no existían en México. En consecuencia, si desde cierto punto de vista la crisis de la década de 1930 fue seria, porque paralizó las minas en México y otras actividades en manos de empresas norteamericanas, desde el punto de vista interno, nacional, esa crisis le sirvió a México para desarrollarse. Había un ambiente contrario a una revolución socialista.

JW: Ha dicho que la crisis fomentó la industria nacional, porque los del país se dieron cuenta de que tenían que respaldarse a sí mismos. En la revista *CROM* hay muchos lemas como éste: “La industria nacional debe ser desarrollada, consuma sus productos...”

VLT: En México, al lado de los efectos negativos de la crisis no sólo en Brasil, sino aquí, principalmente, hubo un desarrollo económico propio interior. Desde entonces nosotros empezamos a luchar por un desarrollo de la industria mexicana, aprovechando justamente las lecciones de la guerra. Es decir, mientras no tengamos una industria propia tenemos que depender del extranjero, y si el extranjero, principalmente los Estados Unidos, sufre depresiones en el futuro, vamos a soportarlas sin poder salir de ellas, aceptando sus consecuencias negativas y sin poder avanzar nosotros por propio camino.

Esto es lo que explica psicológicamente por qué para una revolución hay que tomar en cuenta las condiciones objetivas y subjetivas. Estas últimas, en aquel tiempo, no eran precisamente propicias para una revolución socialista, sino para impulsar la revolución democraticoburguesa en México, en otros términos, para hacer pasar al país de su etapa semifeudal, de país agrario y primitivo, exportador de materias primas, al periodo de un país agrícola e industrial.

JW: El doctor Robert Millon, en la biografía que le hizo, dice que, después de 1930, usted nunca tuvo necesidad de cambiar su pensamiento. Quiere decir entonces que su ideología ha tenido una trayectoria fija; pero parece que en los años de 1930, en los primeros años estaba pensando mucho en cómo se podía coordinar el nacionalismo y el materialismo. En 1932, cuando estaba en la CROM, usted rechazaba un movimiento extranjero: la Tercera Internacional; pero en 1935 usted se había decidido a ir a la Unión Soviética para ver lo que ocurría allá.

VLT: El doctor Millon tiene razón. A partir del momento en que me convencí de la validez de la teoría del materialismo dialéctico ya no cambié de pensamiento. Eso lo he aclarado antes. Pero usted pregunta ¿cómo entonces coordinar esa concepción filosófica con el esfuerzo nacionalista mexicano? Yo no creo que haya conflicto, oposición y menos contradicción en estas cosas, porque la primera preocupación de mi lucha, y sigue siendo la misma hoy, a lo largo de muchos años, es que México sea un país realmente independiente. Un país con un gran desarrollo económico propio, con un grado de desarrollo social y cultural también propios y muy importantes, porque sin estas bases no puede nuestro pueblo proponerse otras metas históricas.

Yo fui a la Unión Soviética —lo vuelvo a decir— a estudiar lo que era ese país, porque teníamos de Rusia, como usted la llama, una imagen muy confusa. Era necesario ir allá por ser el hecho más importante producido en la historia. Una revolución de tipo nuevo. Ya no se trataba de las revoluciones democraticoburguesas que liquidaron el feudalismo. Era una revolución proletaria que iba, por la primera vez, a liquidar el régimen capitalista. Y para cualquier estudiante de las fuerzas sociales, ya no digamos para un militante de la clase obrera como yo, lo que estaba ocurriendo en la Unión Soviética era de verdadera importancia. Por eso fui y porque allá, precisamente, estaba ocurriendo un fenómeno trascendental, que iba a cambiar el curso de la historia.

Antes estuve en los Estados Unidos en muchas ocasiones. Quizá el país que conozco mejor, aparte del mío, son los Estados Unidos. Conozco todo el territorio de Estados Unidos. Lo he recorrido muchísimas veces hasta que me prohibieron entrar al país, a raíz de la muerte de Roosevelt; pero he

estudiado muy bien su economía, su política, su vida cultural. En 1935, ya los Estados Unidos no eran un hecho nuevo. En cierta forma ya eran un hecho viejo; en cambio, lo nuevo en el mundo entero era la Revolución Socialista de la Unión Soviética. Es como un ingeniero que se dedica a obras de irrigación, por ejemplo. Es indudable que no va a ir a Suiza a estudiar las obras de irrigación; va ir a los Estados Unidos, a la Unión Soviética, en donde la irrigación tiene magnitudes enormes.

Para un político, para un militante de la clase trabajadora, evidentemente lo único que importa es poder estudiar lo nuevo, ver las experiencias, como lo hice con los países escandinavos.

JW: ¿Usted fue a la Unión Soviética antes de la creación del frente popular?

VLT: Llegué exactamente cuando se realizaba el VII Congreso de la Internacional Comunista; pero invitado por los sindicatos soviéticos, no por el Partido Comunista de la Unión Soviética.

JW: ¿Usted nunca ha pertenecido al Partido Comunista? Porque hay muchos que discuten que usted perteneció a ese partido, otros afirman que no. ¿Qué puede decir al respecto?

VLT: Nunca he pertenecido al Partido Comunista...

JW: Hay otros que consideran que usted es un comunista intelectualmente.

VLT: Todo depende cómo se entienda el comunismo, porque a la palabra comunismo le ha pasado lo que a las monedas: que a fuerza de tanto usarlas no se sabe el valor que tienen. Habría que fijar primero qué cosa es el comunismo. Durante muchos años me han dicho: ¡Usted es un comunista emboscado! ¡Usted es un comunista descarado! ¡Comunista, comunista! Algunos emplean la palabra comunista a manera de insulto. Yo no considero que ser comunista sea un insulto, si se entiende qué cosa es ser comunista.

Cuando visité la Unión Soviética en 1935, un día estuve en una aldea pequeña, cerca de Moscú, de casualidad, porque íbamos en un automóvil hacia el sur y vi una aldea muy bonita. La población estaba reunida alrededor de un montón de trigo y estaban trillándolo. Me pareció tan agradable el espectáculo que nos acercamos. Todos los niños de la aldea estaban cogidos de la mano, bailaban y cantaban, y las mujeres y los hombres trabajando en la trilla. Nos invitaron a visitar su aldea y les pregunté muchas cosas. El jefe del koljos me dijo, contestando a una pregunta mía: "Aquí está la iglesia, el que quiere va a la iglesia; mi mamá, por ejemplo, va a la iglesia". Y pregunté: "¿Quién sostiene al sacerdote?" "Pues las gentes viejas le dan su dinero para que viva, entre ellas mi madre". Después le hice una pregunta: "¿Todos los miembros de la aldea pertenecen al koljos?" "Sí, excepto aquellos dos". "Y ¿por qué?" "Pregúnteselos usted". Y fui a una casa donde esta-

ban dos viejos típicos de la Rusia antigua, sucios, barbones, con las botas tiradas en el suelo, los saludé y a través del intérprete pregunté: "Ustedes, ¿por qué no pertenecen al koljos?" "Porque, mire usted, para ser koljosiano se necesita tener mucha energía y nosotros ya estamos viejos". "Y ustedes no son comunistas?" "No, ser comunista es un honor que pertenece a la juventud; nosotros ya no tenemos energías para nada. Este país lo van hacer los nuevos hombres, los que tienen vigor no sólo físico, sino espiritual. Nosotros pertenecemos al pasado, ustedes ven a dos supervivientes de una etapa que ya terminó".

JW: Yo tengo un amigo que dice que vivir en un país capitalista es bueno, porque se puede ser vago.

VLT: Yo voy a referir a usted una cosa. Usted sabe que un ideólogo de la primera etapa de la Revolución Mexicana fue Luis Cabrera. Un hombre inteligente, muy agudo, brillante, con una enorme cultura. Una vez tuve una polémica con él por medio de la prensa, un poco violenta; pero después nos hicimos amigos, y en los últimos años de Luis Cabrera él prácticamente estuvo de acuerdo con mi pensamiento y con lo que hacemos nosotros. Cuando fui candidato a la Presidencia en 1952, Luis Cabrera escribió un artículo famoso que decía: "si el Presidente de México fuera electo en plebiscito, Lombardo Toledano sería el Presidente de México".⁶

Enfermó gravemente un día y fui a visitarlo. Ya estaba en condiciones físicas realmente muy difíciles. Él me dijo: "Compañero, me alegro muchísimo que usted haya venido a verme y se lo agradezco. Mire usted, yo quería decirle esto antes de morir: he pensado mucho estos últimos años si el capitalismo pudiera ser regenerado para que continuara indefinidamente, yo sería feliz, porque nací y me eduqué dentro de la concepción de la vida creada por el capitalismo. El día que yo no quiero ir a mi despacho a trabajar no voy, me quedo leyendo en mi casa; el día que yo quiero, trabajo y el día que quiero no trabajo. En fin, soy un hombre que dispone de su vida sin que me importe el resto de la sociedad; pero después de meditar mucho y de estudiar he llegado a la conclusión de que el capitalismo no tiene remedio y que debe ser sustituido. Así es que el que va a ganar es usted y no yo. Quiero decírselo no porque a usted le interese mi pensamiento ni porque crea yo que le pueda servir de estímulo, porque es una conclusión de muy buena fe".

JW: Hablando otra vez de su estancia en la Unión Soviética: usted, viajando por la Unión Soviética, aprendió mucho acerca de los problemas de las

⁶ Véase *El Popular*, 1 de julio de 1952.

nacionalidades, al regresar ¿sus estudios influyeron en su tesis para el doctorado?⁷

VLT: No señor, le repito que comencé a estudiar el problema de los indígenas en México, prácticamente desde que era un adolescente, porque yo nací en una región indígena, en la Sierra de Puebla, y hablaba yo la lengua mexicana, el náhuatl, de tal suerte que, en cierta forma, crecí dentro de un ambiente de mentalidad indígena y siempre me preocupó la situación de la población nativa. Ya para el año de mil novecientos veintitantos había sugerido algunas medidas...

JW: En 1924 habló del problema de la educación en México, en que dijo que México era en parte socialista, que tenía más o menos democracia liberal y la educación tenía necesidad de tener fines más concretos, de no ser neutral; que se debería de enseñar a todos, especialmente a los obreros, cómo vivir y mencionó a los indios en ese trabajo.

VLT: Llegué a la conclusión de que era indispensable tomar una serie de medidas en ayuda de la población indígena, entre otras la de enseñarles hasta el tercer año de la escuela primaria en la lengua materna, porque el método para enseñar español en México era un método universal, lo mismo se enseñaba español a los niños que nacían en las ciudades que a los niños de los indígenas. Ese método de la enseñanza del español había sido copiado del método norteamericano, así es que había muchas dificultades. Esta fue la causa de mi tesis.

A fines de la década del 20 al 30, visitando la Sierra de Puebla, una vez llegué a un poblado muy pequeño, que tenía una escuelita rural muy humilde. Me detuve para buscar algo que comer. Entonces la maestra que tenía a su cargo la escuela me pidió que yo presenciara los exámenes de los niños, pues en esa época estaban en pruebas. Me di cuenta en el acto de que eran niños de distintas razas: niños mestizos, totonacas, mexicanos, otomíes. Le pregunté a la maestra: "¿Cuál es la experiencia de usted en la enseñanza a estos niños, cuáles aprenden a leer y a escribir primero?" "Los niños de razón —me dijo— y los niños mestizos. Los niños mexicanos son inteligentes también; pero los totonacas y los otomíes son muy tontos, esos necesitan un año entero para aprender a leer y a escribir". "¿Por qué?" "Porque no saben pronunciar siquiera las palabras en español por más que me esfuerzo y las repito".

⁷ En realidad, Lombardo completó su tesis para el doctorado sobre *Geografía de las lenguas de la Sierra de Puebla* para la Universidad Nacional de México en 1931, recibiendo su título el 18 de agosto de 1933. La tesis se publicó en la revista *Universidad de México*, noviembre, 1931.

Después de que yo salí de la escuela y almorcé, continué mi camino; fui meditando en lo que me dijo la profesora. A mi regreso llegué otra vez al pueblecito, llamé a la profesora y le dije que quería hablar con ella seriamente. "No crea usted que los totonacas y los otomíes son más tontos que los mexicanos y los mestizos, lo que ocurre es que la lengua totonaca y la otomí son lenguas monosilábicas y aglutinantes y no tienen consonantes fuertes, de tal manera que el aparato de dicción de los niños no está preparado para pronunciar sonidos que pertenecen a otras lenguas".

De ahí me vino la idea de proponer la formulación de alfabetos en las lenguas nativas de México para que se enseñara hasta el tercer año en las lenguas maternas, y uno de mis incentivos para ir a la Unión Soviética fue precisamente saber qué cosa habían hecho allá para resolver el problema. De tal manera que cuando fui a la Unión Soviética ya había propuesto el plan, y después me dediqué, sobre todo en la región sur de la Unión Soviética, en Tiflis, que era la capital de la Transcaucasia, al examen de la cuestión. Estuve en el Instituto de Lenguas dos semanas, trabajando ocho y diez horas diarias, examinando la técnica que había servido para dar los alfabetos a las nacionalidades, a las que se les había prohibido que usaran la lengua materna. Logré confirmar mi tesis.

JW: Unos dicen que usted sólo vio aciertos en la Unión Soviética y ningunos errores; por eso al regresar publicó unos artículos, demasiado líricos, de los éxitos de la Unión Soviética.

VLT: Cuando se está construyendo un nuevo régimen social, la única actitud de un revolucionario es estimular el esfuerzo colectivo y no empezar a criticar sus aspectos negativos. Era evidente que en la Unión Soviética, en 1935, había muchas cosas que hacer. La Revolución, las invasiones militares extranjeras, las consecuencias de la guerra mundial, mil cosas influyeron para que ese país pasara por una etapa muy dolorosa; pero yo tenía la convicción de que esas dificultades tenían que ser superadas. Lo importante para mí no era saber lo negativo, sino precisar qué era lo positivo y qué posibilidades había de la construcción de una gran nación de tipo nuevo. Por eso hablé así, no en forma lírica, sino del esfuerzo grandioso que se realizaba...

JW: ¿Qué nos puede decir sobre la liquidación de los kulaks?

VLT: En México también había kulaks, con otro nombre, y muchos fueron fusilados aquí, y no solamente los kulaks, los hacendados mexicanos, los representantes de ellos, sino también los sacerdotes. Aquí en México había muchos kulaks. El kulak en Rusia era un pequeño propietario, naturalmente influido por los terratenientes. En México no existía la clase de los kulaks como en Rusia; pero evidentemente había una serie de elementos que giraban alrededor de las haciendas, como medieros, como aparceros, peones,

administradores, etcétera. Aquí la situación era distinta a la de Rusia; pero todo lo que representó el pasado se liquidó en México con violencia inclusive.

JW: La liquidación de los kulaks en la Unión Soviética vino después de la Revolución, como 15 años después. ¿En México cuándo vino?

VLT: En México, al mismo tiempo que la Revolución estalló, se fue liquidando el pasado...

JW: ¿Con estas medidas cree usted que tuvo éxito la medida adoptada en Rusia?

VLT: Si no hubiera tenido éxito la Unión Soviética no sería el país que es hoy, porque si la estructura económica hay que cambiarla debe empezarse por una transformación de la agricultura, que es la base del desarrollo de la industria y de la vida social. ¿Usted concibe a la Unión Soviética con ese alto desarrollo de su técnica, de la ciencia y de su cultura todavía con kulaks? Sería imposible.

JW: ¿No cree usted que la Unión Soviética podría haber considerado la coexistencia de los dos sistemas, es decir, la de los kulaks y la de los koljoses, como México ha conciliado los intereses de los pequeños propietarios y los de los campesinos?

VLT: No, porque la Revolución en Rusia fue socialista y en México no fue así; pero, además, porque en México coexisten los dos sistemas de acuerdo con la Constitución de 1917 —la pequeña propiedad y el ejido, que es una especie de cooperativa—; pero la Constitución mexicana prohíbe también los grandes latifundios, las propiedades privadas de la tierra que no corresponden exactamente a las dimensiones y características de la pequeña propiedad. En la Unión Soviética todas las formas de propiedad de los instrumentos de la producción económica se liquidaron. Otra cosa es la propiedad de los bienes de consumo que sí existe en la Unión Soviética; pero allá nadie puede ser propietario de un pedazo de tierra, de una fábrica, al margen de la colectividad. Esto está liquidado. En México no, porque somos un país capitalista.

JW: ¿Cuántos viajes ha hecho a la Unión Soviética?

VLT: En este momento no recuerdo cuántos; pero he hecho quizá 20 o 30 viajes en distintas etapas. El primero en 1935 y el último el año pasado.

IDEAS FUNDAMENTALES Y ACCIÓN OBRERISTA

JW: Sigamos hablando de su ideología. ¿Al comenzar los años 30 usted comenzaba a andar dentro del ambiente de la Tercera Internacional y ha seguido esa línea recta, nunca ha sido partidario de la Internacional, ha seguido ese rumbo y ha actuado dentro de este ambiente?

VLT: Voy a contestarle a usted con una anécdota, una experiencia personal importante. Hace unos años tuve que ir a una reunión del Consejo Económico y Social de las Naciones Unidas, que entonces estaba cerca de Nueva York. Al llegar a San Antonio, Texas, con mi esposa, el jefe de migración despachó a todos los pasajeros, yo me quedé detenido y me dijo: "Usted no puede entrar al país". "Pero, señor —le contesté—, tengo pasaporte diplomático, visa diplomática para entrar al país". Le expliqué las causas que me llevaban. Él respondió: "Yo no dependo del Departamento de Estado, sino del Departamento de Justicia y, en consecuencia, usted no puede entrar". Repliqué: "Este pasaporte me lo expidieron de acuerdo con el derecho internacional. Hay relaciones diplomáticas entre Estados Unidos y México, el representante de los Estados Unidos en México, el embajador, me dio la visa. Si ese funcionario me ha dado una visa para entrar al país usted tiene que respetarla". Contestó: "Yo no la respeto porque dependo del Procurador de Justicia".

Con este motivo me detuvieron y, claro, la prensa se enteró y hubo un escándalo. Yo hablé por teléfono a Washington a la Embajada de México, y me dejaron seguir mi camino; pero cuando yo proseguí mi viaje, al llegar a Dallas, en donde yo debía tomar el avión para Nueva York, me esperaban como 30 o 40 periodistas y fotógrafos, me invitaron a tomar un café y me dijeron que querían hacerme unas preguntas. Me hicieron muchas; pero dentro del grupo había una persona que me hizo esta pregunta: "Usted dice que no es comunista porque nunca ha pertenecido al Partido Comunista. ¿Cómo explica entonces que la actitud de usted siempre coincide, matemáticamente, con la actitud del gobierno soviético frente a todos los problemas internacionales? Conteste usted". Por supuesto la pregunta no correspondía a un periodista: era un agente del FBI. Entonces los periodistas se volvieron a verlo con curiosidad. "Con mucho gusto le voy a contestar. Suponga usted que hay una persona en México que está enferma y que viene a los Estados Unidos a que la examinen los especialistas. Le dicen: mire señor, usted está enfermo de esto; pero no le gusta la opinión, porque tienen que operarlo, y como tiene muchos recursos se va a Londres, sin decir que ha estado en los Estados Unidos; lo examinan, le dicen lo mismo. Va a París y ocurre igual, y luego a Moscú y se regresa a México, y llega a la conclusión de que todos están de acuerdo. A mí me pasa igual. No es necesario que yo tenga hilo directo con Moscú para formular una opinión sobre un problema concreto. Esos médicos que examinaron al enfermo, aplican el mismo método, el mismo criterio, examinan el problema concreto y llegan a conclusiones idénticas. El gobierno soviético examina un problema de acuerdo con su filosofía política y opina. Yo examino el problema, llego a una conclusión, la expongo. Muchas

veces yo he dado opiniones antes de que las dé el gobierno soviético. Ya ha ocurrido el hecho de que a los dos o tres días de haber dado mi opinión, viene la del gobierno soviético coincidiendo con la mía. Eso ocurre".

Cuando creamos el PRM, a los pocos días de la expropiación petrolera, era evidente que México estaba en peligro de un golpe de Estado o de una guerra civil. Entonces yo dije: a unir todas las fuerzas, incluyendo el ejército; es la única forma de salir de esta crisis. Yo nunca me he inspirado en las cosas del extranjero. Claro que yo tengo una cultura que no pertenece sólo a la Unión Soviética, sino a la cultura universal.

JW: ¿Está usted sugiriendo que existe una corriente intelectual en el mundo y que los intelectuales ven los mismos problemas y pueden encontrar las mismas soluciones a estos problemas?

VLT: Yo no diría eso, porque hay muchos intelectuales que no ven nada. Yo me refiero a esto: a que todos los partidarios de la filosofía del materialismo dialéctico, intelectuales o no, sean intelectuales porque hayan pasado por las escuelas superiores, o autodidactas, pueden apreciar de la misma manera los problemas, como los aprecian también los partidarios de la filosofía idealista, hayan pasado por la escuela o no.

Por ejemplo, en México, en esta campaña electoral que acaba de ocurrir, las gentes que votaron por los candidatos de Acción Nacional, en su gran mayoría son gentes de una gran ignorancia, mujeres influidas por los curas, por las agrupaciones religiosas, campesinos de los más atrasados e individuos que se consideran amenazados por un comunismo que nadie sabe en qué consiste; pero que la gente cree que va a venir como un monstruo raro. Esa gente votó por los candidatos de Acción Nacional, la gente más atrasada de México. Pero ¿se puede decir que nada más que por eso? No, tienen una concepción religiosa de la vida y, por tanto, una filosofía propia...

JW: Yo quería decir que en el mundo, en cada época, hay problemas. Nosotros nos damos cuenta de los problemas del momento; son problemas nuevos o son problemas viejos con que nuestros padres tuvieron que luchar y, por lo general, hay diferentes maneras de atacar estos problemas. Pero se tiene que actuar dentro de este ambiente, se puede razonar contra una corriente con ideas propias. Es decir, los jóvenes ¿cómo podrían resolver los problemas que se les presentaran?... Seguramente de manera distinta a como los resolvieron nuestros padres y abuelos.

VLT: Yo recibo a muchos jóvenes que estudian. Unos van a consultarme qué leer, otros a pedirme consejo respecto de una cosa concreta, otros a pedirme que dé una conferencia; no solamente de la Universidad Nacional y del Instituto Politécnico, sino de las universidades de provincia también; sé que estos jóvenes piensan totalmente distinto a sus padres.

En la Cámara de Diputados, con gran sorpresa de mi parte —agradable por cierto—, me fui a encontrar a jóvenes diputados que apenas llegan a los 25 años, hijos de mis compañeros de lucha: la misma cara, nada más que muy jovencitos. Cada nueva generación tiene una concepción diferente de la vida y en nuestro tiempo no hay más que dos caminos: o bien la concepción materialista dialéctica de la vida, o la filosofía idealista y sus aplicaciones en el campo de la política.

Pero mire usted hasta qué punto se transforma el mundo. La Iglesia habla de un mundo socialista cristiano. Hasta Hitler tuvo que agarrarse de un término socialista por el prestigio que tiene la palabra en Alemania. Ya nadie levanta la bandera del capitalismo.

JW: En otra entrevista usted nos dijo que el ciudadano de los años veinte no tenía ideología, y que en los 30 hubo lucha de ideologías; se luchaba para resolver los mismos problemas, y parece que usted comenzó en el idealismo; pero ha mantenido un poco de ese idealismo en tratándose de resolver los problemas sociales.

VLT: Pero ese idealismo que yo mantengo no es idealismo filosófico. Es un idealismo humano, en suma: es el humanismo, que es una cosa distinta. Para mí el humanismo, que surge del socialismo y que recoge todos los esfuerzos de la sociedad, es el más grande de la historia. Yo soy un humanista, porque creo que el hombre es el objeto de todos los esfuerzos de la colectividad. En ese sentido, yo soy muy humanista, de la misma manera que no soy partidario del idealismo filosófico.

3 de noviembre de 1964

JW: En la última entrevista hablamos de su trayectoria ideológica, y en ésta quisiéramos conocer su trayectoria sindicalista. En 1919 usted publicó su tesis *El derecho público y las nuevas corrientes filosóficas*, en la cual atacó la repartición de las utilidades. Y en la misma tesis criticó la lucha de clases y la teoría de la plusvalía. Al mismo tiempo, tuvo algo que ver en la fundación de la CROM en Saltillo.

VLT: Cuando dejé la Universidad Nacional con dos títulos académicos: el de licenciado en derecho y el de profesor en filosofía, como dije en alguna de las conversaciones anteriores, me di cuenta de que por una parte sostenía una teoría filosófica que aprendí de mis maestros y que mientras fui estudiante me pareció justa y certera. Pero, por otra parte, advertí muy pronto que esa filosofía no era de utilidad para mí, porque no me explicaba los fenómenos económicos, políticos y sociales de México. Entonces se estable-

ció, más que una contradicción en mi mente, un proceso nuevo de examen crítico de lo que yo había aprendido y un enorme deseo de completar mi preparación cultural.

En efecto, el estudio que presenté para recibir el título de licenciado en derecho, era una tesis en la que yo repetía, como todos los estudiantes, las opiniones de mis maestros sobre muchos problemas; pero mi intuición, mi inquietud y algunos conocimientos que no había recibido en las aulas —repi-to— me indicaban que había una perspectiva histórica diferente a la que mis maestros me habían enseñado. Por eso el documento que presenté para optar al título de abogado es un documento que marca el principio de mi cambio ideológico. En cuanto a las opiniones que yo tenía entonces sobre el reparto de utilidades, las sigo teniendo todavía.

En el seno del movimiento obrero nos opusimos siempre al reparto de utilidades como un sustituto de la lucha de clases, porque era evidente que esa institución se había tomado en México por los autores de la Constitución de 1917 de la legislación europea, particularmente de la belga y de la francesa, que se expidió con el fin de preparar a la clase obrera para que no opusiera resistencia a los grandes conflictos que entonces iban a ocurrir y que llegaron a su clímax durante la Primera Guerra Mundial. En otras palabras, esa legislación que incluía el reparto de utilidades tenía por objeto darles a los obreros la esperanza de una situación mejor, sin necesidad de agudizar los antagonismos con los propietarios de las empresas.

Woodrow Wilson me parecía entonces como un hombre que luchaba por principios democráticos. No estaba yo todavía en aptitud de penetrar en el fondo de los problemas económicos y sociales, porque carecía de un método científico válido, que fui adquiriendo después en estudios extrauniversitarios. No fui enemigo de la lucha de clases, sino que, simplemente, además de los valores económicos había valores de carácter espiritual y moral que debían ser tomados en cuenta; pero no hay que olvidar que en aquella época yo no conocía el marxismo. En fin, esos últimos años en la Universidad y los primeros en la lucha diaria, fueron los años de crisis para mí en el sentido de transición. Por una parte bien equipado, aparentemente, con dos títulos universitarios; pero mal preparado ideológicamente. Y fue después la vida misma la que me enseñó y la que me condujo a mejorar mis conocimientos aprendidos en la escuela.

JW: ¿Entonces usted tuvo parte en la fundación de la CROM?

VLT: No señor. La CROM fue creada por los dirigentes obreros de las principales regiones de México, y se reunió la Asamblea Constituyente de la primera central en Saltillo, por un decreto del Congreso de ese estado que facultó al gobernador Gustavo Espinosa Mireles para convocar a todos los

trabajadores de México, a fin de contribuir a unificarlos. No fui un fundador de la CROM porque no tenía yo ninguna experiencia ni contacto real con el movimiento obrero. Sin embargo, asistí al Congreso de Saltillo en nombre de la Universidad Popular Mexicana, con el fin de proponer a los trabajadores que tomaran el acuerdo de crear universidades populares en diversas regiones del país para educar a la clase obrera.

JW: ¿En 1920 usted tuvo parte en un sindicato de maestros?

VLT: En efecto. En 1920 yo fundé la primera agrupación de maestros que hubo desde el punto de vista sindical. Se llamó Liga de Profesores del Distrito Federal. Éramos muy pocos maestros universitarios, maestros de la escuela preparatoria y algunos maestros de las escuelas primarias de la ciudad de México. Mi propósito era el de comenzar a agrupar a los trabajadores de la enseñanza para estudiar los problemas pedagógicos del país. Un año después, en 1921, me presenté a la III Convención de la CROM, que se realizó en la ciudad de Orizaba, Veracruz, como delegado de la Liga de Profesores del Distrito Federal. A partir de ese momento quedé incorporado para siempre en el movimiento obrero.

JW: ¿En 1923 entró al Comité Central de la CROM?

VLT: Sí, en la Convención de la CROM que se realizó en la ciudad de Guadalajara yo fui electo miembro del Comité Central, y estuve en él durante ocho años consecutivos hasta que renuncié a seguir perteneciendo a la CROM.

JW: ¿En esa posición usted tuvo mucha participación en educar a los obreros y luchar contra el juego y el vicio del licor?

VLT: Yo era secretario de Educación; pero desempeñaba todas las labores posibles de un dirigente nacional de la clase obrera. Era abogado consultor de los sindicatos. Abrí un instituto que se llamó Instituto de Ciencias Sociales para preparar a los cuadros superiores del movimiento sindical. Dirigía huelgas, preparaba contratos de trabajo, enseñaba en las escuelas de los trabajadores y, en suma, desempeñaba el papel de cualquiera de los dirigentes nacionales con quienes yo compartía la responsabilidad de conducir a la clase obrera.

Naturalmente que había algunos aspectos de la vida pública de México que chocaban con mi manera de pensar y de ser. En los últimos años el gobierno fue muy tolerante con ciertas actividades que a mí me parecían no solamente perjudiciales, sino delictuosas inclusive; pero eso fue particularmente durante la época del gobierno del presidente Abelardo L. Rodríguez, que fue cuando se fomentó el juego en gran escala.

En Cuernavaca había, como ya antes señalé, una gran casa de juego en donde corría el dinero en una forma fabulosa, y aquí en la capital hasta en los barrios más pobres se establecieron también centros de juego. Yo me

levanté contra eso, de una manera muy violenta; hice una gran campaña, y recuerdo que escribí un artículo en la revista *Futuro*, que se llamaba: "Señor Presidente de la República, el juego debe cesar".⁸ Este artículo le produjo una gran impresión al general Lázaro Cárdenas y cuando lo leyó me dijo: "Si yo llego a la Presidencia de la República el juego desaparecerá en veinticuatro horas en todo el territorio nacional, porque usted tiene razón; somos tan pobres que no podemos permitir que los salarios miserables de los trabajadores vayan a engrosar las bolsas de unos cuantos pillos". Y así ocurrió.

Esos años fueron años de lucha en todos sentidos. Llegué a formular un mapa, una carta, no recuerdo exactamente cuándo fue, que yo titulé Carta Sociológica de la República Mexicana. Es un mapa de la República señalando los problemas más graves en cada una de las regiones del país. Por ejemplo, en la frontera con los Estados Unidos había unos puntos: prostitución, juego, contrabando, etcétera. Y en otras zonas: latifundios, casas de juego, en fin, todo lo que pudiéramos llamar el mapa negativo de México, que implicaba, naturalmente, el señalamiento de problemas insolutos. No se podía luchar sino de ese modo contra todos los errores, contra todas las injusticias y contra la corrupción administrativa que partía del gobierno.

JW: En 1927, siendo usted diputado, dijo un discurso en contra del general Jara, entonces gobernador de Veracruz, porque éste, según lo dijo usted, no había pagado a los maestros durante nueve meses. Había manejado mal el dinero del estado, de una manera anárquica y, además, tenía catorce miembros de su familia, incluyendo su hermano Jorge, que fue jefe o tesorero en el puerto de Veracruz, y muchos más. También el diputado Altamirano se quejó en contra de Jara por haber construido el estadio de Jalapa en perjuicio de todo el estado. Y así ustedes lograron sacar a Jara del gobierno del estado en 1927. ¿Puede usted comentar sobre esta defensa de los maestros?

VLT: En realidad los hechos no fueron exactamente como usted acaba de exponerlos. En 1926 se creó la primera organización nacional de maestros de escuela, que se llamó Federación Nacional de Maestros. Yo fui electo secretario general. Y poco tiempo después los maestros de algunas regiones del país se quejaban de que no les pagaban los sueldos puntualmente. En aquel tiempo los maestros eran vistos como funcionarios de segunda clase: primero cobraban los salarios los empleados administrativos y los maestros siempre eran los últimos en ser atendidos.

Al crearse la Federación Nacional de Maestros comenzamos una lucha sistemática para reivindicar el papel del magisterio y también para exigir

⁸ *Futuro*, 13 de abril de 1934.

mejores salarios y pago puntual de su retribución. La primera gran huelga fue en el puerto de Veracruz: una huelga por el pago, en efecto, de muchos meses de salarios. Contábamos con el apoyo de todos los padres de familia, porque sabían muy bien que los educadores de sus hijos no tenían qué comer.

No se puede decir que el general Jara, personalmente, hubiera sido un gobernante deshonesto, porque si alguna cosa ha caracterizado al general Jara toda su vida, ha sido su honradez personal que todo mundo reconoce. Heredó una administración caótica y los recursos del estado no alcanzaban para poner en marcha de una manera normal la administración pública; pero fui al puerto de Veracruz personalmente para encabezar la huelga, y nuestra lucha era, fundamentalmente, contra el Ayuntamiento del puerto de Veracruz, porque eran maestros que dependían del municipio. Entonces ocurrió una cosa muy importante.

Yo había sostenido la tesis de que los empleados del gobierno eran obreros asalariados, aunque intelectuales, como los demás trabajadores que viven de una entrada fija y que el estado, por tanto, era el patrón. En aquel tiempo esa tesis mía parecía un poco exagerada y antijurídica, pero yo tenía la razón. Entonces por la primera vez se sentó el precedente en México de que la autoridad, de la cual dependían los maestros de escuela, se consideró a sí misma como patrón para los efectos del artículo 123 constitucional. El presidente municipal de Veracruz y los regidores del Ayuntamiento, en una audiencia pública a la que asistieron los maestros y el pueblo entero, discutieron conmigo, y yo sostuve la tesis de que el Ayuntamiento era el patrón de los maestros. Naturalmente el gobierno del estado acudió en defensa del Ayuntamiento, no para no pagar, sino para sostener la doctrina de que el estado no podía ser considerado como patrón.

El hecho es que yo logré una victoria para mis compañeros cuando el presidente municipal y todo el cabildo aceptó ser patrón respecto de los maestros de escuela. Este hecho produjo tal escándalo político no sólo en Veracruz, sino en todo México, que yo llevé la cuestión a la Cámara de Diputados, donde pronuncié un discurso explicando las cosas. Manlio Fabio Altamirano, que era un político muy prominente de Veracruz, fue el que explicó la situación interna, la mala administración del estado; pero a mí no me importaba eso. Lo único que me interesaba era que los maestros fueran atendidos y que, además, se aceptara la responsabilidad del gobierno como patrón respecto de los trabajadores de la enseñanza.

Esa es la historia real. Que alrededor del general Jara hubiera gente incapaz o inmoral para hacer algunas cosas de tipo no justificado, era una cosa completamente secundaria en ese conflicto.

JW: ¿Usted acusó al general Jara por otros motivos? ¿Por el petróleo quizá?

VLT: En aquella época no existía una legislación federal sobre el petróleo. Cada estado tenía derecho a legislar sobre algunos aspectos de la riqueza física del país. Antes de Jara, ya el gobierno de Veracruz había empezado a exigir a las compañías petroleras que le dieran una participación en la producción del petróleo a título de regalías. El gobierno federal, por su parte, exigía a las empresas del petróleo sus contribuciones en forma de regalías y de otro modo. No era un problema suficientemente claro; pero evidentemente el gobierno de Veracruz tenía razón. Mientras la Constitución de la República no estableciera la jurisdicción única del gobierno federal en materia de petróleo, los gobiernos de los estados tenían derecho a reclamar a las empresas del petróleo, y a todas las empresas dentro del territorio del estado, su participación a título de contribuciones. Pero esa era una cuestión que el general Jara no inventó, ya venía de atrás, desde hacía mucho que el estado de Veracruz venía reclamando a las compañías petroleras el pago de impuestos equitativos aparte de los que debía entregar al gobierno de la Federación.

JW: ¿Su actuación con los maestros también fue ya como miembro del Comité Central de la CROM?

VLT: Sí, yo convoqué al Congreso Constituyente de la Federación Nacional de Maestros en mi carácter de secretario del Comité Central de la CROM. Así es que fue la organización obrera la que patrocinó la primera organización de los maestros de escuela. Este hecho es muy importante y quiero subrayarlo, porque todavía hoy, en 1964, en América Latina no hay una organización que agrupe a todos los maestros de escuela. México es el único país —y yo diría que en todo el mundo capitalista— en el cual un solo organismo agrupa a todos los maestros de la nación.

Esto se explica porque fue el movimiento obrero de México, el proletariado, el que organizó a los maestros, en tanto que en otros países los maestros se han agrupado solos o de una manera espontánea; pero hay diversos niveles en el magisterio: los maestros de escuela primaria tienen una sicología especial, los maestros de escuela secundaria también la suya y los maestros de enseñanza superior tienen un concepto de las cosas que varía en ciertos sentidos respecto de los otros. Todavía hay, en ciertas capas del magisterio de algunos países, sentimientos pequeñoburgueses que les impide sentirse parte de la clase trabajadora. En cambio, en México, por el hecho de que el movimiento obrero hubiera agrupado a los trabajadores de la enseñanza, se mantuvo así.

Desde 1926 y los sindicatos que después vinieron, hasta el actual, el Sindicato Nacional de Trabajadores de la Educación, siempre han estado

ligados con el movimiento obrero. Yo mismo soy miembro de la Sección X del Sindicato Nacional de Trabajadores de la Educación. Y lo que explica que siendo yo un intelectual hubiera participado en el movimiento obrero toda mi vida es, justamente, la creación de aquella pequeña Liga de Profesores del Distrito Federal.

JW: Hablando de otras de sus actuaciones en la CROM, unas personas lo han criticado por no repudiar al "Grupo Acción", que tenía tanta importancia. ¿Puede explicarnos quiénes fueron los miembros de ese grupo y qué hicieron?

VLT: El "Grupo Acción" se formó en Saltillo, en el año de 1918, al crearse la Confederación Regional Obrera Mexicana. El dirigente más capaz de los que asistieron a ese congreso fue Luis N. Morones, un antiguo obrero mecánico electricista de la ciudad de México, y constituyó este grupo, que llamó "Acción", con los líderes más destacados de algunas regiones de importancia de la República: Tampico, la región minera de Coahuila, el puerto de Veracruz, la ciudad de México, etcétera. Eran 15 o 20 líderes. Este grupo fue el que dirigió la CROM siempre y también el creador del Partido Laborista Mexicano.

Yo trabajé ocho años, como he dicho, en el seno del Comité Central y algunos amigos míos, cuando los líderes empezaron a corromperse me preguntaron: "Pero ¿cómo es posible que usted que es una persona honesta esté trabajando junto a un grupo de pillos o de gente inmoral, con una conducta escandalosa que no es precisamente un estímulo para la clase obrera?" Yo contesté la verdad: "Yo estoy ahí porque ahí están las masas trabajadoras; yo no estoy sirviéndole a Morones ni al 'Grupo Acción'; estoy sirviendo a la clase obrera, y mientras la clase obrera esté en el seno de la CROM yo debo estar ahí. Yo no voy a crear una organización de obreros químicamente puros, porque eso es irreal y, además, es infantil y romántico. Yo tengo que trabajar dentro de la organización obrera, independientemente de quienes la dirigen de un modo circunstancial. Si personalmente yo no participo en alguna actividad inmoral o injusta o contrarrevolucionaria, quiere decir que yo puedo responder de mi conducta con franqueza; pero lo que me importa es que yo esté donde está el movimiento obrero".

JW: Esto fue entonces un antecedente del frente popular.

VLT: Para mí la regla ha sido esta: hay que corregir los vicios de la organización obrera dentro de la organización misma. Pretender hacer una depuración desde afuera es imposible, lo mismo en el movimiento obrero que en cualquier otra corporación o agrupación humana. El que no está dentro de la lucha no la puede corregir desde afuera, porque los trabajadores o los que sean no van a recibir consejo de nadie, como en el caso de los que critican a los políticos y hacen censuras de todo y señalan caminos; pero

tropiezan en el inconveniente de que nadie se entera de lo que dicen. Los únicos que saben lo que pasa, son los que están luchando dentro y los que los siguen y los que dirigen. Así que yo estuve dentro del movimiento obrero, independientemente de quienes lo dirigieran o de la conducta de sus líderes.

JW: Las cosas habían llegado a tal grado que en 1932 usted renunció a la CROM para formar otra central.

VLT: La discusión comenzó muchos años antes. Yo insistía en que había que dar una preparación teórica a la clase obrera, es decir, establecer escuelas, centros de enseñanza para difundir los principios del socialismo, que es la filosofía de la clase obrera; pero los dirigentes, los miembros del "Grupo Acción", consideraban que era muy peligrosa mi actitud. Un día me llegó a decir Morones que no estaba de acuerdo, porque difundir los principios revolucionarios entre las masas era muy peligroso, que los obreros de base no tenían capacidad para entender las cosas y que podían realizar actos impropios o inconvenientes, que era preferible dar doctrina a un grupo selecto de líderes. Yo me oponía. Seguía escribiendo en los periódicos difundiendo el socialismo y en todas partes a donde yo iba explicaba las cosas en función de los principios.

Así se fue creando una especie de contradicción entre la actitud del "Grupo Acción", de política práctica oportunista, y el ala izquierda de la CROM que se fue creando dirigida por mí, en donde nosotros considerábamos que sin teoría revolucionaria no podía haber acción revolucionaria, y llegó un momento en que los conflictos políticos de la nación fueron de tal magnitud que yo me vi obligado a renunciar.

Esto ocurrió porque a la muerte del general Álvaro Obregón el general Calles se echó encima del PLM y de la CROM, para quedar dueño del país de un modo absoluto, sin ningún organismo que pudiera ofrecerle obstáculos. Yo propuse que se retiraran todos del gobierno, los miembros de la CROM y los del Partido Laborista que tenían puestos públicos, que se disolviera el Partido Laborista, porque Calles había creado el PNR, y que el movimiento obrero recobrara su independencia de clase frente al poder público. Entonces Morones, en un mitin que yo convoqué con motivo de un primero de mayo, dijo que eran ilusiones las mías, que estaba yo en una actitud peligrosa, que no era posible aceptar esos principios, etcétera; pero como yo comprendí que esto era la gota de agua que derramaba el vaso lleno, renuncié a la CROM con el objeto de no seguir participando en una agrupación cuyos dirigentes se oponían a que recobrara su independencia de clase y a que continuara la lucha revolucionaria.

JW: ¿Usted, como dirigente de la CROM, cómo vio el proyecto de la Ley Federal del Trabajo que Portes Gil aportaba?

VLT: El gobierno no fue el autor de una ley federal del trabajo. Fuimos nosotros. En aquella época —como ya apunté por ahí— cada estado de la República tenía el derecho de reglamentar el artículo 123 de la Constitución, es decir, había tantas leyes del trabajo como estados de la República, y a mí me parecía que eso era absurdo, porque de qué sirven las normas de tipo general y los principios de la Constitución si a la hora de interpretarlos se les desvirtúa. Entonces empezamos a luchar en el seno de la CROM por una sola ley del trabajo en la República, y después de varios años de combate el gobierno se vio obligado a convocar a una convención a los obreros y patrones para conocer su criterio. Portes Gil había elaborado un primer proyecto de la Ley Federal del Trabajo; pero no nos satisfizo, y entonces yo propuse en una convención de la CROM que nos retiráramos de la asamblea para presentar un nuevo proyecto de Ley del Trabajo. Fueron años de una lucha constante hasta que se aprobó la Ley Federal del Trabajo, no completamente de acuerdo con nuestras ideas; pero evidentemente fue un paso muy valioso adelante porque contribuyó a unificar todavía más a la clase obrera.

JW: ¿Qué tenía el proyecto de Portes Gil?, porque él siempre ha dicho que fue muy obrerista y amigo de los campesinos.

VLT: Sí, Portes Gil en efecto había luchado mucho en su estado de Tamaulipas por la Reforma Agraria. En cuanto al movimiento obrero él no lo comprendía muy bien; pero independientemente de sus intenciones la ley no nos satisfizo. Entonces convocamos a una asamblea nacional a todos los sindicatos; se llamó Convención Pro-Ley del Trabajo, y el lema de la convención era “Mejorar el Artículo 123”. Luchamos ahí. Yo fui de los que redactaron las observaciones a la Ley del Trabajo. Peleamos con el licenciado Aarón Sáenz, con el licenciado Portes Gil y después de un tiempo el proyecto de Ley del Trabajo fue aprobado por el Congreso.

JW: Al renunciar a la CROM, usted participó en la fundación de la Confederación General de Obreros y Campesinos de México (CGOCM), y el 26 de octubre de 1933 lanzaron su programa, que incluyó aumento de salarios, cinco días de trabajo a la semana, contrato para toda la nación por industria, expropiación de la tierra sin indemnización, impulso de la repartición agraria, derecho a recibir comida, ropa y casa cuando el trabajador se encuentre en una situación de desempleo, y se lanzaron también en contra de la guerra, en contra del imperialismo y en contra del servicio militar. En ese grupo usted mismo criticó a los comunistas porque querían hacer una revolución proletaria en México, y ustedes no podían trabajar bien con los delegados de la Liga Nacional Campesina “Úrsulo Galván”, afiliado con Adalberto Tejeda. ¿Puede explicarnos cómo llegaron a fundar ese grupo con ese pro-

grama y por qué Tejeda no podía trabajar bien con ustedes y tampoco los comunistas?

VLT: Cuando yo renuncié a la CROM y al Partido Laborista, poco tiempo después se convocó a la X Convención de la CROM en la ciudad de Orizaba. Ahí la mayoría de los sindicatos, que me habían electo años atrás como secretario general de la CROM, en ausencia mía, porque yo no fui a la Convención de Orizaba, le exigieron a Morones que renunciara. Pero se dividió la CROM. No fue posible llegar a ningún acuerdo. La mayoría de las agrupaciones sindicales entonces me pidió que yo las jefaturara y acepté a condición de formular un programa típico de la clase obrera. Ese programa tenía las reivindicaciones que más tarde había de repetir la CGOCM; pero yo también exigí que me facultaran para entrar en contacto con otros organismos de la clase obrera, a fin de hacer una nueva central unitaria. Fue aprobado y entonces empecé a firmar convenios con los sindicatos y federaciones de muchos estados de la República. Cuando eso terminó creamos en una convención nacional la CGOCM, que entró inmediatamente en lucha como un organismo típicamente obrero y sin ninguna liga con el gobierno, y sirvió para estimular a todos los trabajadores de México. La breve vida de la CGOCM debe ser estudiada, a mi juicio, por los historiadores, como la fuerza que rehabilitó la conciencia de clase y el espíritu de lucha del proletariado mexicano.

El programa que adoptó esta CGOCM fue el programa, repito, que habíamos hecho en la CROM, cuando yo la dirigía y era un programa avanzado. Aparte de lo que usted ha recordado había cosas como esta: desde el año de 1933 nosotros ya habíamos planeado la expropiación y la nacionalización de las empresas del petróleo. Cinco años después se realizó esa ambición que era no sólo de la clase obrera, sino de todo el pueblo mexicano. Ahí establecimos desayunos escolares gratuitos. Fue necesario esperar muchos años para que esto se realizara. También hablábamos del seguro social y de muchas cosas, que poco a poco fuimos logrando en años posteriores.

Nosotros criticábamos al Partido Comunista, porque él siempre ha manejado esquemas. Siempre ha dicho que el país está listo para una revolución proletaria, sin contacto ninguno con la clase obrera, sin estudiar la historia de México, sin darse cuenta de la realidad social y por eso, cuando ellos se presentaron al Congreso Constituyente de la CGOCM les decíamos que eran ilusiones de su parte y que debían trabajar por la unidad, independientemente de cómo pensaran desde el punto de vista ideológico o desde el punto de vista de la convicción religiosa de cualquier trabajador. Es decir, ellos confundían la organización obrera sindical, que es un frente unido de todos los trabajadores por reivindicaciones económicas, con una especie de partido político, exigiendo que todos pensaran de la misma manera. Lo que

ocurría también era que el Partido Comunista quería al coronel Tejeda como candidato a la Presidencia de la República, y como nosotros no éramos un partido, sino un frente sindical, rechazábamos la postulación de Tejeda o de cualquier otra persona, que no correspondía a nosotros como miembros de la organización obrera y campesina.

Eso es lo que explica la actitud de la Liga "Úrsulo Galván" y del Partido Comunista en el seno de la Convención Constituyente de la CGOCM.

JW: Yo creí que siempre Adalberto Tejeda había dicho que no era comunista, que era marxista, y no tenía nada que ver con el Partido Comunista Mexicano...

VLT: En efecto, Tejeda nunca fue un comunista, como miembro del Partido Comunista Mexicano. Pero los dirigentes del Partido Comunista siempre andaban buscando a quién postular o a quién utilizar para sus fines propios y sin tomar en cuenta la ideología de los candidatos que ellos podían sostener en campañas electorales...

JW: ¿Mientras corría 1933 también usted fundó una universidad?

VLT: No, eso fue después. Cuando la CGOCM se creó continuamos luchando por la unidad de la clase obrera. En eso vino el conflicto entre Calles y Cárdenas. El general Calles, que no vio al general Cárdenas desde un principio como candidato propio, sino que aceptó la candidatura de Cárdenas porque no había otra posible en ese momento, se mantuvo en una actitud vigilante respecto del gobierno, porque ya el Calles de ese tiempo no era el Calles de los años anteriores, cuando él asumió el gobierno de la República, y como la clase obrera vio en Cárdenas una esperanza de justicia, hubo una gran cantidad de huelgas que yo mismo dirigí, reclamando mejores salarios y mejores prestaciones. Entonces Calles, por conducto de Ezequiel Padilla, que es ahora senador otra vez, hizo declaraciones que causaron una verdadera crisis política. Si no recuerdo mal, fue el 12 de junio de 1935.

En esas declaraciones, Calles dijo prácticamente que si Cárdenas no corregía la política que estaba siguiendo lo echaría del poder. Y me señaló a mí como responsable de las huelgas. Yo contesté esa misma mañana, diciendo que, en efecto, yo era el responsable, y me di cuenta del peligro inminente en que estaba la paz de la República. Esa noche —como antes lo dije y ahora por su importancia lo repito— reuní a todos los trabajadores, a todos los sindicatos, creamos una agrupación que se llamó Comité de Defensa Proletaria. Este comité convocó a las masas trabajadoras, llenamos la Plaza de la Constitución, el Zócalo, respaldamos al presidente Cárdenas, y entonces el general Calles salió del país, porque la correlación de las fuerzas políticas había cambiado. Ya no era Calles el dictador de México ni el manejador de los asuntos políticos como en el pasado. El pueblo había adquirido una con-

ciencia muy elevada de sus derechos y estaba cansado de los largos años de la dictadura del general Calles, quien imponía su voluntad a los presidentes de la República, como Emilio Portes Gil, Pascual Ortiz Rubio y Abelardo L. Rodríguez.

Pero dicho comité no se limitó a respaldar al Presidente de la República para evitar el peligro de Calles, sino que convocó a un congreso para hacer una nueva gran central obrera. Yo participé, naturalmente, en primera fila en toda esa labor y días antes de que se reuniera el Congreso Constituyente de la Confederación de Trabajadores de México, de la CTM, disolvimos la CGOCM, quemando nuestras naves, según dijimos, para obligar a la creación de la nueva central.

En aquella época había una universidad que yo fundé en 1934, y dirigía, que se llamaba Universidad "Gabino Barreda", con facultades nuevas, escuelas de tipo distinto, técnico; pero cuando creamos la CTM consideré que lo urgente era fundar una institución para adoctrinar, para enseñar la teoría científica de la lucha a los cuadros del movimiento obrero. Entregamos las escuelas de la Universidad "Gabino Barreda" al gobierno, que sirvieron para la creación del Instituto Politécnico Nacional (IPN), y en 1936 fundé la Universidad Obrera, que sigo dirigiendo desde entonces.

LAS HUELGAS EN MÉXICO

JW: Usted acaba de decir que Cárdenas era el único candidato posible en esos momentos, y también que había un gran número de huelgas. Según la estadística en 1928 hubo siete huelgas en el país, y en 1935 hubo 642. ¿Quiere esto decir que Cárdenas fomentó las huelgas?

VLT: El general Cárdenas era el único candidato del Partido Nacional Revolucionario (PNR), porque no había otro. Es decir, porque no había otro hombre del prestigio de Cárdenas. Los viejos generales que podían ser candidatos eran hombres que no habían adquirido una gran personalidad. Algunos civiles que aspiraban a la Presidencia de la República, como Aarón Sáenz y otros, tampoco tenían la estatura necesaria para presentarse de una manera importante como candidatos a la jefatura del gobierno. Entonces el ala izquierda del PNR postuló a Cárdenas con el apoyo nuestro, del movimiento obrero, y el general Calles, que no tenía un candidato que le satisficiera de una manera plena —como ya lo apunté en anterior entrevista—, tuvo que aceptar a Cárdenas. Es decir, Cárdenas fue un candidato surgido del ala izquierda del PNR y del movimiento obrero, que nosotros dirigíamos en contra de las vacilaciones del general Calles, que no tenía un candidato que

podiera realmente asumir el carácter de un aspirante a la Presidencia de la República con bastante prestigio y personalidad...

JW: ¿Y Calles lo permitió...?

VLT: Cárdenas lo único que dijo durante su gira electoral, fue que haría cumplir la Constitución, el artículo 27 impulsando la Reforma Agraria; reconocer los derechos de la clase obrera, etcétera; cumplir la Constitución, que en muchos sentidos sólo existía jurídicamente, pero que en la práctica era un cuerpo inoperante y muerto. En otras palabras, el general Cárdenas ofreció que la Revolución continuaría, y claro, al oír la clase obrera y campesina esas promesas, al llegar Cárdenas al poder todo mundo se puso inmediatamente en marcha. Eso fue lo que ocurrió. No había huelgas, en efecto. ¿Por qué? Porque no había justicia. Los tribunales del trabajo no reconocían los derechos de la clase obrera. Había muchas vacilaciones y dudas. Y cuando llegó Cárdenas, por supuesto, la clase obrera empezó a exigir mejores salarios y condiciones de existencia, y por eso fuimos a las huelgas. No porque Cárdenas hubiera prometido nada, sino simplemente porque prometió cumplir con la Constitución e impulsar adelante la Revolución.

JW: ¿Y eso le permitió actuar?

VLT: Sí, creó un clima favorable y actuamos.

JW: ¿Usted cree que es posible hacer un gran número de huelgas satisfactorias, si el gobierno no les permite actuar dentro de sus derechos?

VLT: Si el gobierno viola la ley y con cualquier pretexto declara las huelgas ilegales, es muy difícil que las huelgas triunfen. Pero, por otra parte también, si la clase obrera está dividida no logra nada. En aquellos momentos, al crearse la CTM, nosotros éramos una fuerza muy importante en la República, muy importante. Claro que por esa fuerza que representábamos también el gobierno se veía obligado a reconocer nuestros derechos. Era una cosa recíproca: es decir, el gobierno bien orientado, bien intencionado, y nosotros muy fuertes.

JW: Parece que en 1928 no había oportunidad de lanzar una huelga.

VLT: No, al contrario. El general Abelardo L. Rodríguez había dicho que las huelgas eran antipatrióticas en tiempo de crisis, y como estábamos en la crisis económica internacional que había surgido en Estados Unidos, produciendo la depresión que se inició en 1929-1930, entonces yo le contesté diciendo que en tiempo de crisis, si las huelgas son antipatrióticas, había que reconocer que desapareciera el régimen capitalista para que hubiera huelgas buenas...

JW: Cárdenas, después de 1938, ¿lanzó un manifiesto para advertir que era un peligro ya permitir las huelgas?

VLT: No fue así. El general Cárdenas dijo que todas las huelgas eran útiles en tanto que se realizaran dentro del marco de la ley, y que no había ningun-

na huelga ilegal que pudiera ser útil tampoco para los trabajadores. Pero el hecho es que las grandes huelgas de la historia de México fueron en aquella época. Yo personalmente las dirigí, y no perdimos una sola huelga. Todas las huelgas fueron bien fundadas legalmente, bien preparadas, bien dirigidas y alcanzamos la victoria.

3 de diciembre de 1964

JW: En la última sesión hablamos de las huelgas de México desde 1920, y en esta ocasión quisiéramos hablar, licenciado Lombardo, acerca del número de huelgas y huelguistas. Parece que, según estadística oficial, había más huelgas en los años de 1921, 1934, 1935 y 1943, 1944 y 1958. Y los números más altos de huelguistas vinieron en 1921, 1934, 1944, 1958 hasta 1960 y 1962. ¿Quiere comentar esto y el fenómeno de que en 1940 hubiera muchas huelgas, pero no tantos huelguistas?

VLT: Las huelgas se producen por dos motivos, principalmente. El primero es por la insuficiencia de los salarios y por la baja del poder de compra de la moneda nacional. El segundo obedece a los momentos en que hay cambios de gobierno y los trabajadores consideran que cuando llega una nueva coyuntura y tienen esperanza en la actitud futura de los gobernantes, hay que aprovecharla con el objeto de alcanzar las demandas que en las etapas de represión o de mano dura del gobierno no se pueden lograr.

Es muy explicable que en el año de 1920, 1921 y aun en 1922, hubiera en México muchas huelgas. Se puede decir que este periodo corresponde a la aplicación, por primera vez, de la Constitución de 1917. El general Álvaro Obregón, como he dicho en alguna de las entrevistas anteriores, es para mí el verdadero jefe de gobierno que inicia la aplicación de los principios y de las normas nuevas de la Revolución. Era natural esperar que al dejar él al gobierno, los trabajadores tuvieran confianza en que se había de cumplir no sólo con las promesas del movimiento revolucionario, sino poner en ejecución los mandatos de la nueva Carta Magna.

Después el número de huelgas aumenta pasado bastante tiempo. Llega el gobierno de Cárdenas. Es cuando se provoca una serie de huelgas muy importantes. ¿Por qué razón? Porque cuando el general Obregón fue asesinado cubrieron el periodo de seis años, que él debía haber gobernado por segunda vez, presidentes provisionales: Portes Gil, Ortiz Rubio y Abelardo L. Rodríguez. Pero durante los años de Abelardo L. Rodríguez y aun de Ortiz Rubio, el gobierno no tenía ninguna simpatía para la clase trabajadora. Ya he dicho, si no recuerdo mal, que Abelardo L. Rodríguez tenía un concepto

muy especial de los derechos obreros, cuando afirmaba que las huelgas sólo eran aceptables en periodos que no fueran de crisis económica, y como justamente estábamos viviendo una etapa de crisis bastante prolongada, que se inició en 1929-1930 y que abarcó al mundo entero, era natural que entonces, mientras no saliéramos de la crisis el gobierno no vería con simpatías los movimientos huelguistas.

Al llegar Cárdenas al gobierno y durante su campaña electoral, la clase trabajadora se movilizó con gran fuerza y esperando que su victoria electoral permitiese que se cumpliera con algunos ofrecimientos hechos a los trabajadores, y así ocurrió. Las huelgas más importantes que ha habido en México hasta hoy, desde que la Revolución triunfó, fueron justamente las huelgas de la etapa de Cárdenas. ¿Por qué razón? En primer lugar porque la clase obrera se unificó. Formamos la CTM en el año de 1936. En segundo lugar, porque le dimos a la CTM el carácter de organismo de combate, de lucha, que nunca había tenido. Y en tercer término porque unificada la clase obrera tratamos de conseguir contratos colectivos de trabajo en las ramas industriales más importantes del país: electricidad, petróleo y otras más.

La primera huelga de verdadera resonancia en México fue la huelga de los obreros electricistas, al iniciarse el gobierno de Cárdenas, agrupados en el Sindicato Mexicano de Electricistas. Por primera vez la ciudad de México quedó a oscuras durante una semana aproximadamente y se suspendieron todos los servicios, excepto los de emergencia: el bombeo de agua potable, los servicios de hospitales, etc. Preparamos muy bien la huelga. La compañía afirmaba que no tenía recursos para poder aceptar las demandas de los trabajadores; pero nosotros demostramos que la compañía había recobrado su capital invertido varias veces y que había logrado grandes ganancias. El movimiento fue cuidadosamente preparado no sólo en el sentido de la suspensión de labores, sino del apoyo solidario que debían recibir los huelguistas, porque una suspensión de labores en un servicio público molesta a la gente si se le priva del servicio. Entonces nosotros hicimos una gran campaña entre la población del Distrito Federal, demostrando que la compañía tenía una actitud injusta y, en cierta forma, rebelde en contra de los derechos de la clase trabajadora establecidos en la Constitución del país. Además, como al suspenderse la energía eléctrica tenían que paralizarse todas las fábricas, conseguimos la solidaridad de los obreros.

Cuando se produjo la huelga había una gran simpatía para la causa de los trabajadores electricistas. Recuerdo que nuestra preparación fue tan firme, tan sólida, que yo convoqué a todos los extranjeros que se hallaban en la ciudad de México —turistas norteamericanos en su gran mayoría— para explicarles por qué íbamos a suspender el servicio eléctrico, y se realizó el acto

en un cine de la avenida Madero. Fueron más de trescientos norteamericanos y les explicamos, les enseñamos los libros de la empresa, sus ganancias, la forma en que habían recobrado su capital y aun de ellos recibimos el apoyo de carácter moral.

Nunca antes se había suspendido el servicio eléctrico en la capital de la República, y el general Cárdenas estaba, por supuesto, un poco inquieto y le sugerí: váyase usted de la ciudad de México y déjenos solos aquí, porque de otro modo usted va a recibir muchas presiones de todas partes. Y se fue. Entonces quedamos solos y resolvimos el conflicto obligando a la empresa a aceptar las demandas de los trabajadores.

La otra gran huelga, ya se sabe, fue la que preparamos en 1937, en las empresas del petróleo. Durante más de medio año estuvimos conversando con los representantes de la Compañía Royal Dutch Shell y de las compañías norteamericanas, hasta que fue imposible llegar a un convenio y después estalló la huelga. También esta huelga fue cuidadosamente preparada no sólo desde el punto de vista de nuestros documentos y pruebas de la recuperación del capital invertido por las empresas, sino también con el apoyo solidario de los trabajadores de todo el país y de muchos sectores de la sociedad mexicana.

Esto quiere decir que las huelgas se producen, como dije al principio, cuando hay demandas insatisfechas y cuando, al mismo tiempo, se tiene confianza en el gobierno porque va a cumplir con la ley.

De ahí, de esa etapa del gobierno de Cárdenas, saltamos a la etapa de Ávila Camacho. En ese periodo no hubo muchas huelgas que afectaran grandes industrias; pero sí hubo muchos huelguistas en pequeñas empresas. ¿Por qué razón? Porque el salario era insuficiente. La guerra había provocado el desquiciamiento de la economía mexicana; porque se suspendió el comercio exterior de nuestro país en buena proporción; porque nos vimos obligados a cambiar un poco la agricultura; porque se firmó entre los Estados Unidos y México un convenio de reciprocidad y de ayuda mutua para hacer frente a los problemas de la guerra, y todo eso provocó una situación muy difícil en la gran masa de trabajadores que no prestaban servicios en las grandes empresas. Por eso estallaron las huelgas; pero el Presidente de la República, a sugerencia nuestra, expidió un decreto, como otros muchos, en la etapa de emergencia, que se llamó Ley de Compensaciones por Salario insuficiente. Esto es lo que explica que hubiera muchos huelguistas y pocas huelgas de importancia.

Finalmente, después de Ávila Camacho vino el gobierno de Alemán. Durante esta etapa los trabajadores no se atrevieron a hacer grandes huelgas, porque Alemán se había embarcado por completo en la guerra fría y

tenía no solamente pocas simpatías hacia la clase trabajadora, sino que es justamente la etapa peor por la que hemos pasado. Históricamente hablando, a Miguel Alemán, Presidente de la República, le corresponde la responsabilidad de haber intervenido por primera vez en el régimen interior de los sindicatos. Él fue el que mandó ocupar militarmente el local del Sindicato de Ferrocarrileros; depuso al Comité Ejecutivo de la agrupación y después hizo lo mismo con los grandes sindicatos industriales. ¿Quién iba a declarar huelgas en ese momento? Nadie.

Entonces, al concluir el gobierno de Miguel Alemán y cuando llegó Ruiz Cortines, los trabajadores trataron de volver a las demandas; pero desde ese punto de vista estrictamente considerado, es decir, de la forma en que el gobierno procedía, el gobierno de Ruiz Cortines sin la forma violenta, exagerada, en que lo hizo el gobierno de Miguel Alemán, sin embargo no tuvo ninguna simpatía para los trabajadores. La policía entró muchas veces a golpear a los obreros que protestaban y hubo escándalos tremendos como el que ocurrió en el edificio que ocupa Petróleos Mexicanos.

Al llegar López Mateos a la Presidencia de la República, como todo mundo sabía sus antecedentes de elemento progresista, nuevamente, como ocurrió en la época de Cárdenas, se provocaron huelgas de significación.

En suma, se puede decir que las huelgas ocurridas en México desde el año de 1920 hasta hoy son huelgas que no siguen el mismo ritmo por razones políticas principalmente, es decir, por la actitud que el gobierno tiene de respeto o de no respeto hacia los trabajadores y también por la situación económica del país.

En los últimos años ha habido pocas huelgas, porque a pesar de que nunca los trabajadores están satisfechos, como es lógico comprender, ya que, excepto una minoría, la gran masa obrera no tiene salarios suficientes aún para poder satisfacer plenamente sus necesidades, de acuerdo con el espíritu de la Constitución, es incuestionable que ha habido medidas colaterales a las de los salarios, que han mejorado la situación de los trabajadores. Por ejemplo, el aumento de los servicios de salubridad, la asistencia social, los seguros sociales, la habitación popular y, por último, la aplicación de una parte de las utilidades de las empresas para aumentar los salarios. Todo esto ha servido para mejorar un poco el nivel de vida de los obreros.

Yo creo, pues, que hasta una gráfica se puede hacer con las huelgas de México en el último medio siglo, y tienen una explicación muy clara y muy sencilla, sobre todo para mí, pues he vivido dentro de este movimiento.

JW: Cárdenas permitía las huelgas. Él había prometido durante su campaña permitir que los obreros adelantaran; pero durante la presidencia de Ruiz Cortines, Adolfo López Mateos tenía la fama de evitar las huelgas y no había

permitido que las huelgas surgieran; pero al llegar a la Presidencia, sin prometer nada a los obreros, sin prometer nada en absoluto como Cárdenas, surgieron las huelgas que causaron tantos problemas durante su presidencia en los primeros años.

VLT: Es cierto que López Mateos fue Secretario del Trabajo en la época de Ruiz Cortines; pero no se trata de problemas estrictamente jurídicos, es decir, de demandas de los obreros ventiladas ante los tribunales del trabajo. La actitud de represión no se debió al secretario del Trabajo, sino al presidente de la República que es distinto. Yo no me refiero al proceso, al juicio ante los tribunales del trabajo, sino a la actitud política y al empleo de la fuerza para decidir algunas cosas.

Cuando López Mateos fue candidato a la Presidencia de la República, su primera declaración fue la de que el derecho de huelga sería intocable. Entonces los obreros consideraron que era el momento de insistir en las demandas y como el único medio eficaz que se tiene es el de la huelga, naturalmente plantearon numerosos movimientos de este tipo. Por desgracia la huelga de los ferrocarrileros, que representa una crisis en el movimiento sindical de México, fue la que, en cierta forma, paralizó, después de haberse provocado con las consecuencias que todo el mundo conoce, la acción sindical, porque la situación era difícil. Este asunto de la huelga ferrocarrilera creo que vale la pena examinarlo de una manera particular, porque ha sido una gran enseñanza, positiva y negativa, en general, para la clase trabajadora de México; pero creo que quizá llegará el momento oportuno en esta entrevista para hacer ese examen.

JW: La gráfica de las huelgas y los huelguistas varía tanto que parece va de un extremo: de muchas huelgas, a casi no haber huelgas, y parece que todavía México no ha podido equilibrar las relaciones entre los obreros y la clase patronal para evitar estos problemas.

VLT: Hay otro factor también que tomar en cuenta y que es muy importante: la actitud de los dirigentes de los sindicatos. Mientras la clase obrera tiene dirigentes limpios, honestos, que defienden con inteligencia los derechos de las masas trabajadoras, también entonces se provocan muchos movimientos; pero cuando los dirigentes sindicales obedecen más bien a consignas o a sus intereses privados, vendiéndose a la clase patronal o tratando de halagar al gobierno y traicionando, en suma, los derechos e intereses de sus representados, entonces también las huelgas disminuyen.

Usted tiene razón, profesor Wilkie, cuando hace notar que hay un cierto momento en que las huelgas casi desaparecen de la estadística; pero esto se debe al fenómeno de la división de la clase obrera por una parte y, por otra, a la actitud de los dirigentes sindicales. Para que vea usted hasta qué punto

la corrupción de los líderes trastorna todo el proceso de la clase obrera, quiero referir una anécdota que es muy reveladora de este problema.

Hace unos años un día vinieron a mi casa a saludarme unos dirigentes del sector industrial, los patrones, a decirme —yo ya no estaba en la dirección de la CTM— que influyera con el objeto de que los líderes aceptaran los aumentos de los salarios de los trabajadores, porque estaban en contra. “¿Cómo? —pregunté yo—, ¿por qué?” “Porque si nosotros queremos aumentar los salarios es para que nuestros productos industriales tengan el mayor número de compradores; pero estos cínicos dicen que si aceptaran el aumento de los salarios como los patrones pedimos, como somos menos que los otros patrones, no les conviene, porque los otros patrones se negarían y ellos están en muy buena armonía con la gran mayoría de la clase patronal”.

Esto quiere decir que también es un factor que hay que tomar en cuenta: la honestidad de los dirigentes de la clase obrera, porque cuando llega la corrupción entonces no se limita el hecho a la traición de los intereses de las mayorías, sino que todo trabajador que se atreve a protestar lo echan del trabajo y pierde su único patrimonio, que es la posibilidad de vivir.

JW: Lo extraño para nosotros es que cuando entrevistamos al señor Fidel Velázquez, él no podía recordar gran número de huelgas en 1958, 1959. No podía recordar un problema de ninguna trascendencia en esos años.

VLT: No, porque las huelgas que se produjeron fueron muchas; pero pequeñas en cuanto a que afectaban a empresas de menor importancia, y esas huelgas se producían en contra de la opinión de Fidel Velázquez. Por eso él no está enterado. ¡El supremo dirigente de la CTM no se enteraba de que a espaldas suyas y movidos por la necesidad de vivir, muchos trabajadores de empresas pequeñas se lanzaban a las huelgas! Además, cuando no se quiere recordar, porque eso implica una responsabilidad personal, es muy fácil decir que la memoria falla.

DISCUSIONES SOBRE ASUNTOS SINDICALES Y POLÍTICOS DURANTE EL RÉGIMEN CARDENISTA

JW: Usted ha hablado en estos minutos acerca de la fundación de la CTM. Ustedes querían unir a los campesinos con los trabajadores ¿Por qué? Porque usted siempre cree que ellos deben funcionar juntos aunque vienen de diferentes medios.

VLT: No sólo por esa razón. Es necesario saber cómo se empezaron a organizar los trabajadores del campo en México. La primera central sindical —la CROM— fue la que organizó a los obreros agrícolas, no fue el gobierno. El

gobierno interviene por primera vez en la organización de los campesinos, tanto de obreros agrícolas como de campesinos que trabajaban la tierra, en la época del presidente Lázaro Cárdenas. Él creó la Confederación Campesina Mexicana (CCM), con el objeto de facilitar la aplicación de las leyes agrarias, porque era difícil para el gobierno con los campesinos aislados, sin agrupación sólida, consistente, que la administración pública pudiese cumplir con sus obligaciones; pero los obreros agrícolas fueron organizados por la CROM, es decir, por el proletariado.

Desde el año de 1920 comenzó la labor. En las regiones más importantes del país de la agricultura próspera, surgieron los sindicatos de obreros agrícolas, es decir, de campesinos asalariados, como en la región de La Laguna de los estados de Coahuila y de Durango; en la región del noroeste del país en donde había una agricultura rica y en otras zonas...

JW: ¿Cárdenas había formado la Confederación Regional Michoacana del Trabajo?

VLT: Sí, era de aquella época; pero siguiendo la orientación de la CROM, que era la central sindical.

Así se vino trabajando. Lo mismo que ocurrió con los maestros de escuela y que ya expliqué. La clase obrera se dedicó a agrupar a los campesinos, a los trabajadores del estado y a otros muchos sectores.

La liga entre los obreros y los campesinos es muy profunda, muy antigua. Esto explica que cuando nosotros, en el seno de la CROM, a la cual pertenecían miles y miles de obreros agrícolas del país, planteábamos la necesidad de la Reforma Agraria, el gobierno se viera obligado, bajo la presión de la clase trabajadora, a aplicar la Reforma Agraria en aquellos lugares en donde ya había sindicatos de obreros agrícolas.

Vino después, al dividirse la CROM, una nueva central. También ya he mencionado el hecho: la CGOCM, que volvió al combate para rehabilitar la lucha de clases, para revivirla, y después ésta fue la que convocó a la creación de la CTM, de acuerdo con otras agrupaciones que habíamos constituido el Comité de Defensa Proletaria, cuando se produjo la crisis entre el general Calles y el Presidente de la República, Lázaro Cárdenas, en el año de 1935.

Pero cuando Cárdenas, ya libre de la amenaza del general Calles, se dio cuenta de que nosotros convocábamos a un congreso constituyente de la clase trabajadora del país, del cual surgió la CTM, declaró públicamente que los obreros no tenían ningún derecho para convocar a los campesinos, porque éstos debían agruparse por su cuenta, independientemente de la clase obrera. Eso significaba para nosotros que debíamos prescindir de miles y miles de obreros agrícolas y de campesinos, que ya desde hacía muchos años venían luchando junto con la clase obrera. ¿Qué hacer? ¿Contestarle al Pre-

sidente de la República que estaba equivocado? ¿Chocar con él en el momento mismo en que empezaba su administración...?

JW: ...Si ustedes habían organizado la defensa de él...

VLT: Entonces acordamos no contestarle; pero también acordamos no hacerle caso, y continuamos con la organización de los obreros agrícolas en el seno de la CTM. Esta es una cuestión de principio. Para nosotros, la única fuerza social que puede conducir la Reforma Agraria hasta sus últimas consecuencias, es la clase obrera, no la administración pública.

Después el problema se complicó, porque al nacer la Confederación Campesina Mexicana (CCM) y como fueron incorporados a ella muchos campesinos de la República bajo la presión de los gobernadores de los estados, sólo una minoría quedó con la CTM. Pero nosotros hemos seguido insistiendo, y la mejor prueba de ello es que después, cuando interviene el gobierno del presidente Miguel Alemán en el seno de la clase trabajadora, dividiéndola, los grupos de campesinos más combativos conservaron su independencia y son los que constituyen en la actualidad la Unión General de Obreros y Campesinos de México (UGOCM), que dirige el compañero Jacinto López y cuyos líderes, además de él, son miembros del Partido Popular Socialista (PPS).

JW: El 4 de febrero de 1936 Graciano Sánchez hizo un manifiesto llamando a formar la Confederación de Campesinos Mexicanos, que no se uniría con la CTM y que sería una organización completamente diferente. Unas personas han escrito que Graciano Sánchez hizo esto, porque al fundar el Comité de Defensa Proletaria él no fue invitado y sus delegados fueron rechazados del seno de esa convención. Entonces él tuvo algo personal además de ideológico, en su deseo de fundar la CCM. Y Cárdenas defendió a Graciano Sánchez el 27 de febrero de 1936, diciendo que la CTM no organizara a los campesinos, que el gobierno tenía que enfrentar diferentes problemas de los campesinos, por ejemplo: distribuir la tierra entre ellos, darles créditos y organizar una vida colectiva, lo que hizo una muy buena razón para formar la CCM fuera del seno de la CTM. ¿Qué cree usted?

VLT: En primer lugar, el profesor Graciano Sánchez no era más que un individuo subordinado al Presidente de la República, Lázaro Cárdenas. Él no actuó por cuenta propia. Es lo que acabo de explicar. El Presidente de la República, Lázaro Cárdenas, no estaba de acuerdo en que los campesinos se unificaran con los obreros, y Graciano Sánchez no hacía más que reproducir esa opinión. Su manifiesto al que usted alude no era más que la consecuencia de una orden del Presidente de la República. Él no tenía ninguna opinión.

Y en cuanto a las declaraciones del presidente Cárdenas, de febrero de 1937, ya acabo de comentarlas. Él dijo que no consideraba conveniente que los campesinos se unificaran con los obreros, y fue cuando nosotros resolu-

mos no contestar; pero seguir trabajando. Lo que ocurre es que la CTM había nacido con una fuerza tremenda. No quería el gobierno que los campesinos se agruparan con los obreros, porque si se juntaban esas dos grandes fuerzas, el gobierno se vería, naturalmente, influido de una manera directa y trascendental por los obreros y campesinos unificados.

Después cuando peleamos por una ley que protegiera a los trabajadores del Estado —porque fue también la clase obrera la que organizó los primeros sindicatos de trabajadores del Estado, como los trabajadores y obreros de la Secretaría de Comunicaciones y Obras Públicas—, el gobierno dijo que iba a dictar una ley, y en efecto lo hizo. Se llamaba el Estatuto Jurídico de los Trabajadores al Servicio del Estado; pero no deberían agruparse los trabajadores del Estado con la clase obrera. Y, finalmente, cuando se organizó el Sindicato de Trabajadores de la Educación, que fue también fruto del esfuerzo de la clase obrera, del proletariado, en la Ley de Protección de los Trabajadores de la Enseñanza se dice que no deben estar unidos a la clase obrera. JW: Bueno, si Cárdenas venía de un estado en donde había formado la Confederación Michoacana del Trabajo, ¿no debía haber buscado otro camino en la política nacional? Parece que temía formar una fuerza que tuviera un gran poder como son la unión de los campesinos y de los obreros. ¿O fue una manera muy suave de evitar que usted, como líder y secretario general de la CTM, tuviera demasiado poder?

VLT: Hay que pensar en que el general Lázaro Cárdenas, como todos los presidentes que ha habido en México desde don Venustiano Carranza hasta hoy, no han sido líderes de la clase obrera ni trataban de cambiar la sociedad mexicana, remplazando a la burguesía en el poder por el proletariado. Es decir, no han tenido una ideología de clase, aun cuando han sido revolucionarios indiscutiblemente, dentro de lo que es la burguesía, particularmente la burguesía mexicana. Es muy explicable. Es decir, hay razones ideológicas de clase que han influido para evitar que se unifiquen todas las fuerzas de trabajo del país. Si yo hubiera estado a la cabeza del gobierno, es incuestionable que habría unido en el acto, no por voluntad mía, sino habría facilitado la unidad de la clase proletaria con la clase campesina y con los demás sectores sociales, porque un gobierno de la clase trabajadora tiene que apoyarse en la clase trabajadora. Pero como no hemos llegado al socialismo en México, sino que hemos realizado una revolución democráticoburguesa muy avanzada y muy importante; pero no una revolución socialista, todo eso se explica perfectamente bien.

Ahora, por otra parte, no es lo mismo ser gobernador de un estado de la República que Presidente del país, y cuando el general Cárdenas fue gobernador de Michoacán —por cierto muy joven— quería la unidad de todos los

trabajadores michoacanos, tanto campesinos como obreros; pero ya al llegar a la Presidencia de la República, no por habilidad ni por otra razón ni por ser adverso o enemigo de los trabajadores, sino porque, como ya expliqué también y usted acaba de preguntármelo, si se unifican los obreros, los campesinos y todos los demás trabajadores de la República en una sola entidad, evidentemente el gobierno, el poder mejor dicho, el poder político pasa del gobierno oficial a la clase trabajadora unificada. Esto es perfectamente explicable.

JW: Los comunistas querían unirse con la CTM; pero había muchos problemas entre ustedes y ellos. Parece que Hernán Laborde todavía no había recibido las noticias de Moscú acerca del frente unido, del frente popular. ¿Quiere explicar este problema? Porque es muy importante para entender a la izquierda en esos años si los comunistas no podían trabajar en el frente popular.

VLT: Los antagonismos entre el Partido Comunista Mexicano y la clase obrera son mucho más viejos que eso. El Partido fue fundado por varios extranjeros que no conocían el país, y los mexicanos que estuvieron de acuerdo en fundarlo no tenían ninguna relación con la clase obrera. Eso fue un vicio de origen o una falla de origen.

Yo siempre he pensado que si en algún país, por lo menos del Continente Americano, hubo posibilidades enormes para haber creado un gran partido de la clase obrera fue en México, sobre todo durante los años de la Revolución. Pero no entendían lo que era el país. Querían copiar mecánicamente la experiencia de la Unión Soviética, es decir, de Rusia. De una manera muy infantil consideraban que había llegado el momento de tomar el poder a la rusa. Ese fue el origen de nuestras discrepancias.

Yo estaba en el seno de la CROM como miembro de su dirección nacional y no conocía a los comunistas, nunca los había encontrado en mi vida. Por una cuestión de principios traté de buscar a los dirigentes del Partido Comunista Mexicano en aquellos años; pero nunca los encontré. Fue muy difícil para mí. Conocí a su secretario general⁹ —vuelvo a repetir— hasta el año de 1935 en Moscú. Ahí me lo presentaron. Es casi paradójico que yo, dirigente de la clase obrera de mi país, nunca hubiera conocido al dirigente del Partido Comunista Mexicano. Y me lo presentó nada menos que Georgi Dimitrov, el secretario general de la Internacional Comunista. Entonces empezamos a conversar.

Pero las dificultades con el Partido Comunista fueron muy anteriores. Al crearse la CTM en 1936, me empecé en que fuera una central única ver-

⁹ Hernán Laborde.

daderamente unificada. Muchos no querían que entraran ni los anarquistas ni los comunistas. Había aún en aquel tiempo algunos sindicatos influidos por los anarquistas. Eran tercicos, gentes con una serie de ideas estereotipadas y muy desagradables, porque tampoco tenían el concepto del proceso dialéctico de la vida de México, y usaban procedimientos que ya resultaban realmente extraños. En cuanto a los comunistas lo mismo, no querían que entraran porque no tenían influencia real en los sindicatos, solamente en algunos. Pero yo me opuse a todas esas actitudes y peleé bastante tiempo hasta que logré que entraran los comunistas y los anarquistas. Más aún: yo conseguí que dos elementos destacados del Partido Comunista entraran a la dirección de la CTM.

Así empezamos a trabajar, porque el movimiento sindical es totalmente distinto a un movimiento político. El movimiento sindical es un movimiento de frente único, es decir, agrupa a los trabajadores de todas las ideologías, de todas las tendencias, de todas las creencias religiosas para defender en común sus intereses económicos, principalmente. Lo que une en un sindicato o en una confederación de sindicatos a los trabajadores, no es la ideología, sino la defensa de sus intereses económicos, porque lo mismo sienten el hambre los comunistas que los católicos, los ateos que los anarquistas o las gentes sin partido.

Fundamos, en consecuencia, la CTM, de acuerdo con este principio del frente único; pero poco tiempo después la dirección del Partido Comunista trató de apoderarse de la dirección de la CTM de una manera mecánica y absurda. Entonces, en un Consejo Nacional de la CTM, ellos salieron de la asamblea, porque no habían logrado la dirección de la CTM y sustrajeron de ella a varios sindicatos. Ellos fueron los responsables de la primera división que sufrió la CTM. Naturalmente yo estuve en contra de esta actitud y la denuncié públicamente no sólo en México, sino desde el punto de vista internacional también. Me dirigí a las centrales obreras de diversos países del mundo y poco tiempo después se produjo una crisis en el seno del Partido Comunista: la dirección fue expulsada en un congreso extraordinario, principalmente por haber dividido la CTM.

Nuestras discrepancias, es decir, las discrepancias que yo he tenido toda mi vida con el Partido Comunista Mexicano, se deben a que sus dirigentes no entienden lo que es México, no conocen su historia, no han sabido aplicar los principios que debían conocer a la realidad mexicana, y por eso chocamos a cada momento...

JW: ¿Durante su estancia en Moscú usted conoció a Laborde y asistió al VII Congreso de los partidos comunistas?

VLT: No, yo fui invitado por los sindicatos soviéticos a visitar la Unión Soviética; pero mi llegada a Moscú —lo he dicho antes— coincidió con la reunión del VII Congreso de la Internacional Comunista. Entonces fue cuando yo conocí a los dirigentes de ese organismo, a los dirigentes sindicales de la Unión Soviética y a los de la Internacional Sindical Roja, como se llamaba entonces. Yo fui invitado para conocer la Unión Soviética, no para asistir a ninguna reunión especial; pero, naturalmente, estando ahí congregados los representantes de los partidos comunistas, conocí a muchos de ellos personalmente, sobre todo a los grandes líderes, y conversé, como he conversado toda mi vida, de una manera fraternal y amistosa con todos los dirigentes, porque es muy importante cambiar impresiones, adquirir experiencias y discutir problemas de interés común.

JW: Porque fue entonces —el 2 de agosto de 1935— cuando Dimitrov hizo el llamamiento para el frente popular y parece que sus pláticas con Laborde resultaron amigables, por lo menos, porque *El Machete* aquí en México lo trató muy bien. En todos sus números de octubre dice que usted ya se había unido con ellos para hacer este frente popular y no había ninguna dificultad, pero había problemas. ¿Miguel Velasco, de la Confederación Sindical Unitaria Mexicana, quería ser secretario de Organización y de Propaganda de la CTM, al fundarla?

VLT: En cuanto al frente popular, en efecto, yo estaba en Moscú cuando Dimitrov pronunció su famoso discurso. Este discurso del frente popular tuvo repercusiones políticas muy importantes, sobre todo en Europa, porque era visible que el peligro del fascismo crecía por momentos y Dimitrov lanzó la consigna de unir a todas las fuerzas posibles para resistir al fascismo y cerrarle el camino. Ya Italia era un país típicamente fascista y la situación en Alemania era muy peligrosa. El Partido Nazi había crecido y, de hecho, era el poder político del país, al cual se habían sumado todos los grandes monopolios financieros y los jefes de la antigua tradición prusiana. El peligro para el mundo era real. Por eso Dimitrov lanzó la consigna del frente popular, no como algunos han dicho para meter el caballo de Troya dentro de la burguesía, sino para impedir las consecuencias del crecimiento de las fuerzas del fascismo, que aun cuando son fuerzas de la burguesía representaban evidentemente la reacción más cerrada y violenta, como después los acontecimientos debían demostrarlo.

Ahora bien, esa concepción del frente popular de Dimitrov coincidía con lo que en México nosotros habíamos realizado siempre, es decir, unir en acciones comunes y frente a problemas concretos a la clase obrera con otros sectores de la sociedad mexicana para alcanzar y para caminar adelante.

Como el Partido Comunista Mexicano no era partidario de esa línea estratégica y táctica, sino de la autosuficiencia, entonces las resoluciones del VII Congreso de la Internacional Comunista le abrió la cabeza y le hizo pensar en que México también, si no para un frente popular exactamente, debía por lo menos unirse a la clase obrera que no controlaba, a muchos sectores campesinos, a gentes de la clase media e inclusive a ciertos sectores de la burguesía nacionalista, y por esa razón ellos dijeron que había que unirse conmigo. Pero, como siempre, entendieron el frente popular de una manera muy especial, muy reducida, muy sectaria, muy mecánica, y durante algún tiempo ellos consideraron que podían acercarse a mí, porque habían interpretado a su modo los acuerdos del VII Congreso de la Internacional Comunista, a tal punto que cuando yo regresé de la Unión Soviética, después de estar tres meses ausente de México, me fueron a recibir a la estación del ferrocarril y gritaban ¡viva Lombardo!, y otros se atrevieron a decir que había ido yo a adquirir convicciones revolucionarias a la Unión Soviética. Yo me disgusté, por supuesto, y les dije que no había ido a adquirir nada, sino que había ido a estudiar la situación —insisto— del primer país que construía el socialismo...

JW: Usted conoció en Moscú a Eudocio Ravines, por ejemplo, y a Mao Tse Tung. Ravines ha escrito años después,¹⁰ ya no siendo comunista, que él tuvo largas pláticas con Mao Tse Tung que estaba en Moscú, acerca de cómo organizar el frente popular y después usarlo para conquistar a la burguesía. Entonces él se fue a Chile para formar el frente popular que sí logró captar el gobierno en 1936.

VLT: El que no tiene escrúpulos es Ravines. Es un tipo cínico como muy pocos he encontrado. Lo que dice son mentiras. Nunca fue un personaje importante en ninguna época ni en su país ni en ningún lado de la Tierra. Eso de afirmar que tuvo discusiones con Mao Tse Tung en Moscú, con el objeto de preparar el frente popular y usarlo sin escrúpulos para tomar el poder, son puras novelas y fantasías. Lo que él es, es un agente del imperialismo yanqui, cínico, desvergonzado. Pasó de un supuesto comunismo a un anticomunismo asqueroso y no hay que tomarlo en cuenta. Yo me niego a comentar eso, porque es hacerle un gran honor siquiera recordar que existe sobre la faz de la Tierra.

JW: ¿Usted cree que Mao Tse Tung nunca pensó en ayudar o provocar al frente popular, o no lo conoció en esos años en Moscú?

VLT: Yo no conocía a Mao Tse Tung; pero dudo que él o cualquier otro dirigente importante de la Internacional Comunista, hubiera dedicado un

¹⁰ Eudocio Ravines, *La gran estafa: la penetración del Kremlin en Iberoamérica*, México, Libros y Revistas, 1952.